Juan Gabriel Borkman

DRAMA EN 4 ACTOS

POR

Enrique Ibsen

Villalobos

Precio 50 céntimos

Biblioteca "Buena Semilla"
Mariana de Pineda, 5, entresuelo
BARCELONA-GRACIA

15

JUAN GABRIEL BORKMAN

DRAMA EN 4 ACTOS

POR

Enrique Ibsen

Versión castellana

DE

Luis de Villalobos y Onteniente



BARCELONA

Imprenta de la Vda. de José Miguel, Junqueras 7.—GRACIA

PERSONAJES

JUAN GABRIEL BORKMAN
GUNILDA BORKMAN, su mujer
EDUARDO, su hijo
ELLA RENTHEIM, hermana gemela de la señora de Borkman
FANNY WILTON
GUILLERMO FOLDAL
FRIDA, su hija
MALENA, camarera

La acción pasa al atardecer de un día de invierno, en las afueras de la capital, en la casa de los Rentheim



ACTO PRIMERO

Planta baja de la casa. El mobiliario antiguo y deslucido. Una puerta vidriera sirve de comunicación entre el salón y una pieza del fondo cuya ventana dá al jardin que se distingue al crepúsculo vespertino. Caen pequeños copos de nieve. A la derecha la puerta del vestíbulo. Más cerca una antigua estufa de hierro donde crepita un buen fuego. En segundo término, á la izquierda, una puerta de escape. Más cerca, al mismo lado, una ventana con pesados portiers tendidos Entre la ventana y la puerta, un sofá y una mesita de centro cubierta por un tapete. Encima de la mesa un quinqué encendido,con su correspondiente pantalla. Al lado de la estufa, una butaca de alto respaldo. La señora de Borkman está sentada en el canapé haciendo crochet. Es una señora de edad, seria, de aspecto distinguido pero muy frio; de cabello espeso y gris y de manos finas y transparentes. Viste un traje oscuro, de rica seda, algo pasada de moda, y un fichú sobre los hombros. Después de unos instantes de silencio y de inmovilidad, se oyen los cascabeles de un trineo que pasa. La señora de Borkman escucha atentamente y sus ojos brillan de alegria.

Señora de Borkman (*musitando*).—¡Eduardo! Ya era hora. (*Se levanta, separa un poco las cortinas, mira por la ventana, y desilusionada, viendo que se ha equivocado vuelve á sentarse y se pone á trabajar de nuevo*).

Entra Melena por la puerta del vestíbulo llevando sobre unnabaja de una tarjeta de visita.

Señora de Borkman (*vivamente*).—¿Todavía no ha llegado el señorito Eduardo?

Malena.—No señora; pero hay una señora que...

Señora de Borkman (*dejando de trabajar*). -La señora Wilton probablemente.

Malena (*acercándose*).—No; yo no conozco á la señora que ha llegado.

Señora de Borkman (*tomando la tarjeta*).—¿A ver? (*Lee el nombre, se levanta de un salto y mira con fijeza á Malena*).—¿Estás segura que la señora que espera es la que dice esta tarjeta?

Malena.—Si, señora.

Señora de Borkman.—¿Y dice que es á la señora de Borkman á quien quiere hablar?

Malena.—Si, señora.

Señora de Borkman (*con sequedad y decisión*)—Bien está. Que entre.

Malena abre la puerta y se retira. Entra Ella Rentheim. Se parece mucho á su hermana, pero su rostro refleja más bien el sufrimiento que la dureza de corazón. Conserva todavia trazas de una belleza expresiva. Su abundante cabellera de un blanco plata cae naturalmente en bucles sobre su frente ancha. Lleva un sombrero de terciopelo y el vestido y abrigo forrado de lo mismo Las dos hermanas se examinan un instante en silencio. Se nota que cada una de ellas espera que sea la otra la primera en hablar.

Ella (*desde el dintel de la puerta*). -Si, Gunilda, soy yo. ¿Te extraña verme aquí?

Señora de Borkman (*derecha inmóvil entre el canapé y la mesa*).—¿No te has equivocado de puerta? El Intendente vive al lado.

Ellla.—No es á casa del Intendente, sino aqui, donde vengo hoy.

Señora de Borkman.—¿Que, quizá has de decirme algo?

Ella.—Si. Querria hablarte un instante.

Señora de Borkman (*adelantando*).—Entra, pues y siéntate.

Ella.—Gracias. Prefiero estar de pié.

Señora de Borkman.—Como quieras. Pero, siquiera, quitate el abrigo

Ella (*desabrochándose el abrigo*).—Gracias. Se está calentito aqui.

Señora de Borkman.—Yo siempre tengo frio.

Ella (*apoyando el brazo sobre el respaldo de la butaca y mirando á su hermana*).—Gunilda, pronto cumplirán ocho años desde que nos vimos la última vez.

Señora de Borkman (*friamente*).—O mejor dicho; desde que nos hemos hablado.

Ella.—Si, ocho años que no nos hemos hablado, es cierto. Tu me has visto de cuando en cuando; una vez al año, cuando venia á casa del Intendente.

Señora de Borkman.—Te he visto una ó dos veces.

Ella.—También yo te he visto una ó dos veces, allí, en la ventana.

Señora de Borkman.—A través de las cortinas. Oh, tienes buena vista. (*Con tono duro*) La última vez que cruzamos la palabra fué aquí, en este gabinete...

Ella (evasivamene).—Si, si, Gunilda; ya me acuerdo.

Señora de Borkman.—Fué una semana antes de... de que lo soltaran.

Ella (*avanzando*).—¡No despiertes estos recuerdos!

Señora de Borkman (*con voz sorda pero firme*).—Una semana antes de que pusieran en libertad... al director Borkman.

Ella (*avenzando hácia el primer término*).—Sí, sí sí! Me acuerdo de todo... Pero esto duele demasiado... ¡Oh!

Señora de Borkman (*sordamente*).—No obstante, ¡no puede una desprenderse de estos recuerdos! ¡Se acuerda una siempre! *(Impetuosamente, juntando las manos)* ¡No! ¡Es imposible! ¡Jamás podré acostumbrarme! Cuando una cosa así... monstruosa... haya podido herir á una familia... ¡Una familia como la nuestra! ¡Fíjate bien! ¡Una familia como la nuestra.. ! ¡Que semejante horror haya podido caar sobre nuestra familia!

Ella.—¡Ah! Gunilda! No ha sido tu familia sola la que ha sufrido el golpe: también lo han sufrido otras.

Señora de Borkman.—Si, es verdad; pero todas esas otras familias no me importan gran cosa. ¿De que se trata para ellas? De algún dinero, de algunos valores. Pero, nosotros... ¡Yo! ¡Eduardo!... ¡Eduardo, que no era más que un muchacho! (*Exaltándose cada*

vez más). ¡La vergüenza, la deshonra manchando á personas inocentes! ¡La bochornosa deshonra, tan terrible, tan dura de soportar! ¡Y la ruina por apéndice!

Ella (*con cautela*).—Escucha Gunilda: ¿como lo soporta él todo esto?

Señora de Borkmnan.—¿Quién, Eduardo?

Ella.—No: él, él mismo. Cómo lo toma todo esto?

Señora de Borkman (*haciendo un gesto de ironía y menosprecio*).—Crees tú, que yo se lo pregunto?

Ella.—¿No se lo preguntas? No es preciso que se lo preguntes. Tú...

Señora de Borkman (*mirándola de hito en hito*) ¡Ah! ¿Pero, crees que vivo con él? ¿Crees que subo á verle? ¿Crees que nos vemos?

Ella.—¿No os tratais?

Señora de Borkman (*en el mismo tono*).—¡Un hombre que ha estado cinco años en la carcel! (*Cubriéndose la cara con las manos)* ¡Qué degradación! ¡Qué vergüenza! (*Irgniéndose*) ¡Cuando pienso en lo que significaba antes el nombre de Juan Gabriel Borkman! ¡No, no, no! Jamás, jamás quiero volver á verlo! ¡Jamás!

Ella (mirándola un instante).—Tienes el corazón muy duro, Gunilda.

Señora de Borkman.—Para él sí.

Ella.—Por ventura no es tu marido?

Señora de Borkman.—Tu sabes bien, que ante el tribunal dijo que yo había sido la primera causa de su ruina. Habló de mis gastos...

Ella (cautelosamente).—¿Crees que no hay algo de verdad en lo que dijo?

Señora de Borkman.—¡Quién sinó él me incitaba á gastar? Nada le parecia nunca bastante grande y fastuoso.

Ella.—Ya lo sé. Pero tú hubieras debido oponerte, y no lo hiciste.

Señora de Borkman.—Yo ignoraba que no fuera suyo el dinero que me daba para gastar. No obstante, él ha gastado el doble que yo.

Ella (*con dulzura*).—Dios mio tal vez su posición lo exigia.. hasta cierto límite.

Señora de Borkman (*con amarga sonrisa*).—¡Ah, si! ¡Nos era preciso

figurar! En cuanto á lo que esto respecta, yo te aseguro que él no se quedaba corto. Iba en coche de cuatro caballos, como cualquier rey. Quería que lo reverenciasen y se humillasen ante él como ante un emperador. (*Riendo*) Y de un extremo al otro de la comarca no se le nombraba por otro nombre que el de pila, tal como sucede con los reyes: «Juan Gabriel.... Juan Gabriel....» Todo el mundo sabía quien era el gran «Juan Gabriel».

Ella (*con entusiasmo*).—Sí: en aquellos tiempos era grande: tú lo sabes bastante.

Señora de Borkman.—O por lo menos lo parecia. Nunca me dijo una palabra de su verdadera situación; nunca me dejó sospechar de donde procedía el dinero.

Ella.—No, no... Nadie lo sospechaba.

Señora de Borkman.—¡Qué me importan los otros! A mi, debía haberme dicho la verdad; y nunca me la dijo. Siempre me ha engañado... me ha engañado descaradamente.

Ella (*interrumpiéndola*).—El no te ha engañado, Gunilda. Tal vez ha disimulado, pero no ha mentido.

Señora de Borkman.—¡Bah! Dale el nombre que quieras, que la palabra no cambiará la cosa... En fin, todo se fué á rodar, todo. De tanta grandeza, no ha quedado nada.

Ella (*aparte*).—Si. todo se fué á rodar... por él... y por otros.

Señora de Borkman (*irguiéndose amenazadora*).—Pero yo te juro, Ella, que no me daré por vencida. ¡Llegará la hora de la rehabilitación! ¡Yo haré que llegue!

Ella (*sorprendida*).—¿La rehabilitación? ¿Que quieres decir?

Señora de Borkman.—¡La rehabilitación del nombre, del honor y de la fortuna! ¡La rehabilitación de mi misma! ¡Es eso lo que quiero decir! Y yo tengo quien lo hará, todo eso, Ella... quien lavará todo lo que ha sido manchado por el director Borkman...

Ella.—¡Gunilda! ¡Gunilda!

Señora de Borkman (*con creciente exaltación*).—Existe un vengador que sabrá reparar todo el mal que me ha hecho su padre.

Ella.—¡Ah! ¿Te refieres á Eduardo?

Señora de Borkman.—Si, de Eduardo hablo, de mi hijo querido. El sabrá rehabilitar la familia, la casa, el apellido que lleva, todo lo que pueda rehabilitarse. Y quizá llegue más allá, todavía.

Ella.—¿Y, cómo lo va á hacer, todo eso?

Señora de Borkman.—Ya veremos. Todavía no sé... Solo sé que es preciso que se haga. Es indispensable. (*Mirándola*) Escucha Ella: ¿No has tenido tú la misma idea desde cuando Eduardo era todavía un niño?

Ella.—No; eso no me ha preocupado mucho.

Señora de Borkman.—Pues ¿porqué te encargastes de él, cuando el infortunio se desencadenó sobre esta casa?

Ella.—Porque tu no estabas en disposición de ocuparte de él, Gunilda.

Señora de Borkman.—Es verdad. No estaba en disposición... En cuanto á su padre tenia un pretexto legal: estaba incapacitado por la ley... ¡Ah! ¡Incapacitado por completo!

Ella (*indignada*).—¡Ah! ¡Me parece imposible oirte hablar así! ¡Tú...!

Señora de Borkman (*con viperina expresión*).—¡Y pensar que tú no rehusaste encargarte de un hijo de Juan Gabriel! ¡Como si el muchacho hubiera sido tuyo! No te arredró el quitármelo para llevártelo á tu casa, donde lo has tenido muchos años... ya era un hombre cuando te dejó. (*Mirándola recelosa*).—¿Porqué hiciste eso, Ella? Dime ¿Porqué lo has retenido tanto tiempo?

Ella.—¡Le amaba tanto!

Señora de Borkman.—Más que yo... su madre?

Ella (*evasivamente*).—No lo sé. Como que Eduardo, cuando chico, tenia una complexión algo debil...

Señora de Borkman.—¿Eduardo? ¿De complexión débil?

Ella.—Si. Por lo menos así parecía... en aquel entonces. Tu sabes que allá abajo, en la costa, el aire es más templado que aquí.

Señora de Borkman (*con amarga sonrisa*).—¿De veras? (*Rapidamente*) Es justo. Has hecho mucho por Eduardo. (*Cambiando de tono*) ¡Es natural! Tu contabas con medios. (*Sonriendo*) ¡Tuvistes tanta suerte, tú...! Todo lo tuyo se salvó de la ruina.

Ella (*ofendida*).—Te juro que yo no intervine en nada absolutamente. Yo no supe hasta mucho tiempo después, que mi dinero estaba asegurado.

Señora de Borkman.—Si, si... Yo nada entiendo en todo eso. Lo que yo quiero decir, es que estuvistes de suerte. (*Con mirada interrogadora*). Pero, veamos: cuando más tarde y por tu propia voluntad, te encargastes de la éducación de mi Eduardo, ¿qué móvil era el que te guiaba?

Ella (*mirándola*). - ¿Qué móvil?

Señora de Borkman.—Si; á tí te debia animar un fin, una intención, una idea. ¿Qué te proponias con Eduardo?

Ella (*lentamente*).—Quería hacer de él un hombre dichoso; conducirlo por el camino que lleva á la felicidad.

Señora de Borkman (*con un gesto desdeñoso*).—¡Ah! ¡Bah! Los que se hallan en nuestra situación, tienen otros quebraderos de cabeza que ponerse á pensar en la felicidad.

Ella.—¡Cómo! ¿Qué dices?

Señora de Borkman (*con mirada grave y abriendo mucho los ojos*). —En primer lugar, Eduardo ha de irradiar una tal claridad de luz purísima en derredor suyo, que nadie, en todo el país, pueda descubrir la sombra que su padre proyecta sobre él y sobre mí.

Ella (*con mirada escrutadora*).—Dime, Gunilda: esta finalidad de su existencia, es Eduardo mismo quien se la ha propuesto?...

Señora de Borkman (*admirada*).—Sí. Así lo creo.

Ella.—... ó, tal vez, eres tú quién se la impone?

Señora de Borkman (*secamente*).—Para Eduardo, lo mismo que para mí, el fin es el mismo.

Ella (*con lentitud y tono inquieto*).—¿Estás bien segura de tu hijo?

Señora de Borkman (*con tono de triunfo mal disimulado*).—¡Sí! Gracias á Dios estoy perfectamente segura de él.

Ella.—Así pues, apesar de todo, tu debes considerarte feliz.

Señora de Borkman.—En cierto modo, sí, lo soy... Pero como tú puedes suponer, el disgusto está latente siempre, y de cuando en cuando se exterioriza.

Ella (*cambiando de tono*).—Dime... Hablemos ahora, ya que para eso estoy aquí...

Señora de Borkman.—¿De qué se trata?

Ella.—Una pregunta que deseo hacerte. Eduardo no vive aquí ¿verdad?

Señora de Borkman (*con dureza*).—Bien sabes tú, que Eduardo no puede vivir aquí, conmigo; necesita vivir en la ciudad.

Ella.—Eso mismo me ha escrito.

Señora de Borkman.—Sus estudios se lo exigen. Pero viene á verme un rato todas las tardes.

Ella.—Ya lo sé. ¿Podría yo verle y hablarle ahora?

Señora de Borkman.—Todavía no ha llegado. Le estoy esperando de un momento á otro.

Ella.—Pero si está aquí ya, Gunilda. Le oigo andar ahí arriba.

Señora de Borkman (*con rápido golpe de vista*).—¿Allí arriba, en la sala grande?

Ella.—Sí, le oigo andar desde que he venido.

Señora de Borkman (*desviando la mirada*).—No es á él á quien oyes.

Ella (*sorprendida*).—¿No es Eduardo? (*dudando*) Pues, quién es; dí.

Señora de Borkman.—El director Borkman.

Ella (*con voz baja, con sentimiento de dolor*).—¡Borkman! ¡Juan Gabriel Borkman!

Señora de Borkman.—Todo el año, desde por la mañana hasta la noche, pasea así, de un lado á otro; va y viene.

Ella.—Efectivamente, he oido decir que...

Señora de Borkman.—Lo creo... Se habla demasiado de nosotros en la vecindad.

Ella.—Es Eduardo quien me ha dicho algo... en sus cartas. Sabía por él que su padre estaba casi siempre solo... allá arriba... y que tu vivías aqui abajo.

Señora de Borkman.—Si ella... Esta es nuestra vída... desde que

me lo devolvieron... después que lo soltaron... hace ya ocho años largos.

Ella.—Pero jamás creí que esto fuera cierto, que esto fuera posible...

Señora de Borkman (inclinándo la cabeza).—Pues es verdad. Y nunca podrá ser de otra suerte.

Ella (mirándola).—¡Que horrible vida Gunilda! ¿No te parece?

Señora de Borkman.—Si, Ella, horrible de verdad. Pronto me faltarán las fuerzas para soportarla.

Ella.—Lo comprendo.

Señora de Borkman.—¡Oir siempre resonar sus pasos sobre mi cabeza! ¡Esto empieza de buena mañana y no acaba hasta la noche. ¡Resuena tanto esta habitación!

Ella.—Es verdad: resuena mucho.

Señora de Borkman.—A veces, me parece que ahí arriba, sobre mi cabeza, vive un lobo enfermo que se pasea de un lado á otro de su jaula. *(Bajo escuchando).* ¿Oyes? ¿No oyes al lobo? Anda, anda, sin detenerse un momento.

Ella.—Y esto ¿no cambiará nunca, Gunilda?

Señora de Borkman (resueltamente).—Nunca ha hecho él nada para conseguirlo.

Ella.—Pero ¿no podrias ser tu la que diera el primer paso?

Señora de Borkman (irguiéndose).—¿Yo? ¿Después del aborrecible modo de portarse conmigo que ha tenido? ¡No! ¡Jamás! Dejemos al lobo en su jaula y que se pasee tanto como quiera.

Ella.—Me ahogo, aqui. Permiteme que me quite el abrigo.

Señora de Borkman.—Ya te había dicho que te lo quitaras.

(*Ella Rentheim deja el sombrero y el abrigo encima de una silla que está junto á la puerta de entrada*)

Ella.—¿No ha dado nunca la casualidad de hallarle fuera alguna vez?

Señora de Borkman (con amargura).—Delante de gente, ¿no es eso?

Ella.—No. Fuera, cuándo sale á tomar el aire, por el campo ó...

Señora de Borkman.—El director Borkman no sale nunca.

Ella —¡Cómo! ¿Ni por la noche, con la oscuridad?

Señora de Borkman —Nunca.

Ella (*con emoción*) —¡Le falta valor!

Señora de Borkman.—Así parece. Su abrigo y su sombrero están allí, colgados en el armario del vestíbulo... Ya sabes...

Ella (*soñadora*) —El armario en donde nos escondíamos cuando niñas...

Señora de Borkman (*indicando que sí con la cabeza*)—Algunas veces, algunas tardes, al oscurecer, oigo que baja para coger el abrigo y el sombrero; pero se detiene en mitad de la escalera y se vuelve arriba. Y de nuevo vuelvo á oirle como se pasea.

Ella (*dulcemente*).—¿Y no viene nunca á visitarlo ninguno de sus antiguos amigos?

Señora de Borkman —No tiene amigos antiguos.

Ella.—Pues antes tenía muchos.

Señora de Borkman.—Ha hecho lo único que podía hacer para deshacerse de ellos. Era una amistad asaz costosa... la de Juan Gabriel.

Ella —Es bien cierto.

Señora de Borkman (*alterándose*) —Por otra parte, se necesita ser muy mezquino, muy bajo y muy cobarde para dar tanto valor al miserable dinero que les haya podido hacer perder... Nada más que dinero: nada más.

Ella (*sin hacer caso de las anteriores palabras*). —Así, pues, él vive solo alli arriba, completamente solo.

Señora de Borkman.—Parece que si. No obstante, me han dicho que de cuando en cuando sube á verlo un viejo copista.

Ella.—¡Ah! ¿Tal vez un tal Foldal? Sé que eran amigos en su juventud.

Señora de Borkman. —Creo que si. Yo no lo conozco, porqué no concurria á nuestras reuniones... en el tiempo en que las dábamos.

Ella —¿Y ahora viene á hacerle compañía á Borkman?

Señora de Borkman—Si, parece que no se avergüenza de ello. Es verdad, también, que viene de noche protegido por las sombras.

Ella.—Este Foldal... ¿no es una de las victímas de la bancarrota?

Señora de Borkman (con negligencia).—Si. Creo recordar que también el, perdió alguna cantidad. Poca cosa seria, de seguro.

Ella (marcando ligeramente las palabras).—Era todo cuánto tenia.

Señora de Borkman.—¡Bah! De fijo que este *todo* no era gran cosa. No vale la pena de ocuparse de ello.

Ella.—En el proceso no hablaron de ello para nada. Foldal se calló.

Señora de Borkman.—No obstante, Eduardo le ha indemnizado cumplidamente de esa bagatela.

Ella (admirada).—¿Eduardo? ¿Cómo?

Señora de Borkman.—Dando lecciones á la hija pequeña de Foldal. Él se ha encargado de educarla, y gracias á él podrá ser algo. Por lo menos podrá ganarse la vida. Su propio padre no hubiera podido hacer otro tanto por ella.

Ella.—No debe estar en buena posición, su padre.

Señora de Borkman.—Eduardo le ha enseñado también de música; y ya sabe lo suficiente para venir á tocar el piano ahí arriba, en las habitaciones de él.

Ella.—Así, pues, le sigue gustando la música?

Señora de Borkman.—Sí. Arriba tiene el piano que nos enviaste antes... antes de que él volviera.

Ella.—¿Y en ese piano toca ella?

Señora de Borkman.—Si. Algunas veces... por la tarde... Eduardo lo combinó de este modo.

Ella.—La pobre chica habrá de andar mucho para venir desde la ciudad hasta aqui y luego regresar.

Señora de Borkman.—No lo creas. Eduardo ha hecho que una señora que vive aqui en la vecindad la invitara, y ahora está en casa de ella. La señora Wilton...

Ella (vivamente).—¡La señora Wilton!

Señora de Borkman.—Una señora muy rica. Tu no la conoces.

Ella.—He oido hablar de ella. La señora Fanny Wilton, ¿verdad?

Señora de Borkman.—Esa misma.

Ella.—Eduardo me ha hablado de ella en muchas de sus cartas. ¿Ha venido á vivir por aqui cerca, la señora Wilton?

Señora de Borkman.—Si. Hace algún tiempo que vive en una quinta que ha alquilado cerca de aqui.

Ella (*algo excitada*).—Dicen que está divorciada...

Señora de Borkman.—¡Oh! Hace ya mucho tiempo que su marido debe haber muerto.

Ella.—Sí; pero parece que se habían divorciado. Se dice que fué ella la que pidió el divorcio.

Señora de Borkman.—No fué culpa suya: su marido la habia abandonado.

Ella.—¿Tu la conoces bien, Gunilda?

Señora de Borkman.—Sí. Y bien que la conozco. Vive muy cerca de aquí y viene á visitarme de cuando en cuando.

Ella.—¿Y te gusta?

Señora de Borkman.—¡Es tan inteligente! ¡Es tan clara en su manera de juzgar!

Ella.—De juzgar á las personas ¿no es verdad?

Señora de Borkman—Si, eso sobre todo. Mi hijo Eduardo, ha sido para ella, un verdadero objeto de estudio. Le conoce á fondo... todos los repliegues de su alma... y naturalmente, le quiere.

Ella (*poniendo atención*).—¡Ah! Conoce más á Eduardo que á ti?

Señora de Borkman.—Si. Antes que ella viniera á vivir aqui, se encontraban con mucha frecuencia en la ciudad.

Ella (*reflexivamente*).—Asi es que, ella ha acabado por vivir aqui.

Señora de Borkman (*agitándose y con mirada escrutadora*) —«Ella ha acabado?» ¿Qué quieres decir?

Ella (*evasivamente*) —¡Dios mío! ¡no lo sé!

Señora de Borkman.—¡Has dicho eso con un tono tan extraño! ¡Lo has dicho con segunda intención, Ella!

Ella (*mirándola con fijeza*).—Sí, es verdad, Gunilda lo he dicho con segundas.

Señora de Borkman.—¡Vaya: dilo francamente!

Ella.—Primeramente he de decirte, que tambien yo tengo ciertos derechos sobre Eduardo. ¿Querrás negármelos?

Señora de Borkman (*desviando la mirada*).—¡Yo me guardaré muy bien! ¡Y sobre todo, lo que te ha costado!

Ella.—¡Oh! ¡Gunilda, no se trata de eso! Me refiero al afecto que siento por él.

Señora de Borkman (*con sonrisa irónica*).—¿Por mi hijo? ¿Tu amas á mi hijo? ¿Tú? ¿A pesar de todo?

Ella.—Sí, á pesar de todo. Le quiero. Le quiero tanto como un ser humano puede querer á mi edad.

Señora de Borkman.—Está bien... está bien... Pero...

Ella.—¿Ves? Eso es lo que me inquieta, cada vez que lo veo en peligro.

Señora de Borkman.—¿Peligro? ¿Qué peligro corre ahora? ¿De donde viene ese peligro?

Ella.—De tí, en primer lugar.

Señora de Borkman (*admirada*).—¿De mí?

Ella.—Y después, de esa señora Wilton, de la que tengo miedo por él.

Señora de Borkman (*mirándola un instante cohibida*).—¡He aqui tu manera de juzgar á Eduardo, á mi Eduardo, la criatura destinada á una tan alta misión.

Ella.—¡Oh!... Una misión... Una misión...

Señora de Borkman (*indignada*).—¿Te burlas? ¿Te atreves á burlarte?

Ella.—Veamos. Pero crees tu que un joven de la edad de Eduardo... listo y lleno de salud, quiera sacrificarse así... á «una misión»?

Señora de Borkman (*firme y convencida*).—Eduardo, lo hará: estoy segura.

Ella (*moviendo la cabeza*).—Tu no estás segura, Gunilda. Tu misma, no lo crees.

Señora de Borkman.—¿Yo?

Ella.—Eso no es más que un sueño que querrias ver realizado. Si no tuvieras esa ilusión que te sostiene, haría presa de tí la desesperación.

Señora de Borkman.—Si: caería en la desesperación .. (*Violentamente*) ¡Eso es lo que tal vez tu desearas!

Ella (*irguiéndo la cabeza*).—Si: primero eso, que verte salvada por Eduardo.

Señora de Borkman (*con acento de amenaza*).—¿Vas á interponerte entre nosotros? ¿Interponerte entre yo y mi hijo? ¡Dilo!

Ella.—Quiero libertarlo de tu poder, de tu dominio y de tu tutela.

Señora de Borkman *con tono de triunfo*).—¡Has llegado tarde! No lo conseguirás. ¡Lo tuviste enredado en las mallas de tus redes hasta la edad de quince años; pero hoy vuelvo á poseerlo; ya lo ves!

Ella.—No importa: volveré á reconquistarlo. (*En voz baja y enronquecida*). No será la primera vez, Gunilda, que nos batiremos á muerte por un hombre.

Señora de Borkman (*midiéndola de piés á cabeza con aire de triunfo*) —¡Fuí yo, quien me lo llevé!

Ella (*con sonrisa irónica*).—Todavía crees haber ganado mucho con tu victoria?

Señora de Borkman (*con voz velada*).—No. Tienes cruelmente razón.

Ella.—Lo que es esta vez tampoco habrás ganado lo más mínimo.

Señora de Borkman.—¿Nada? ¿No es ganar nada haber reconquistado mi autoridad de madre sobre Eduardo?

Ella.—No, porqué no es más que eso lo que te lo retiene.

Señora de Borkman.—¿Y tú?

Ella (*con calor*).—Yo quiero tener su afecto, su alma... todo su corazón!

Señora de Borkman (*apasionadamente*).—¿Su corazón? No volverás á tenerlo nunca, nunca!

Ella (*mirándola*).—¿Has trabajado ya en contra mia?

Señora de Borkman (*sonriendo*).—Si. Me he permitido hacerlo. Ya lo habrás adivinado leyendo sus cartas.

Ella (*bajando la cabeza lentamente*).—Sí. He acabado por verte de cuerpo entero.

Señora de Borkman (*mofándose*).—Ya lo ves; he sabido aprovechar los ocho años que lo he tenido junto á mi.

Ella (*dominándose*).—¿Que le has dicho de mi á Eduardo? Quieres decírmelo?
Señora de Borkman.—¿Porqué no?
Ella.—Habla, pues.
Señora de Borkman.—No le he dicho más que la verdad,
Ella.—A ver.
Señora de Borkman—Le he imbuido la idea de que nosotros te debemos á ti el poder vivir como vivimos... y tambien el poder vivir.
Ella.—¿Es eso todo lo que has hecho?
Señora de Borkman.—¡Oh! ¡Te aseguro que ya hay bastante con eso! Me he podido convencer del todo, de que hay bastante!
Ella.—Pero todo eso, hacia ya mucho tiempo que Eduardo lo sabia...
Señora de Borkman.—Cuando vino á vivir conmigo, creia que haciendo tu eso obedecias á un impulso del corazón. (*Mirándola con alegria maliciosa*). Ahora ya no lo cree, Ella.
Ella.—¿Que cree, pues?
Señora de Borkman.—La verdad. Le pregunté que cómo se explicaba que la tia Ella no viniera nunca á vernos...
Ella (*interrumpiéndola*).—Bastante que lo sabia él, porqué yo me venia.
Señora de Borkman.—Pues ahora lo sabe mejor. Tu le habias hecho creer que era por delicadeza al que se pasea ahí arriba.
Ella.—Es la pura verdad.
Señora de Borkman.—Eduardo ya no lo cree.
Ella.—¿Que idea le has dado de mi, entonces?
Señora de Borkman.—El cree y tiene razón en creerlo, que te avergüenzas de nosotros y que nos desprecias. ¿No es esto cierto? ¿No te habías propuesto separarlo completamente de mi? Recuerda bien. Tu memoria te lo dirá.
Ella (*vivamente*).—Si lo hice, fué en los momentos peores, en la misma época del escándalo, del proceso... Estas ideas ya no las tengo de mucho tiempo.
Señora de Borkman.—Como que ellas no te conducirian á nada. ¿Se

invirtuaria su misión? ¡No, ciertamente! Soy yo, la que soy útil á Eduardo, y no tú. ¡El está muerto para ti, y tu para él!

Ella (friamente, resuelta).—Lo veremos. Me quedo aqui.

Señora de Borkman (mirándola fijamente).—¿Te quedas aquí?

Ella.—Sí

Señora de Borkman.—¿Vas á pasar la noche en nuestra casa?

Ella.—Vengo á esta casa para pasar, si es preciso, el tiempo que me resta de vida.

Señora de Borkman (reponiéndose).—Si, si, Ella .. Esta casa es tuya.

Ella.—¡Ah!... Bah!...

Señora de Borkman.—Todo es tuyo aqui: la silla donde me siento, el lecho en donde me revuelvo las noches de insomnio... La comida tambien te la debemos.

Ella.—No hay forma de arreglarlo de otra manera: Borkman no puede ser dueño de nada, porque todo se lo quitarian.

Señora de Borkman.—Ya lo sé. Es preciso acostumbrarnos á vivir de tus limosnas.

Ella (friamente).—No puedo impedir que te tomes así la cosa, Gunilda.

Señora de Borkman.—No, claro; tu no puedes impedirmelo. ¿Cuando quieres que nos vayamos?

Ella (mirándola).—¿Que os vayais?

Señora de Borkman (exaltándose).—¿Pero, crees tu que quiero vivir bajo el mismo techo que tu? ¡No! Antes viviría en el hospicio ó al aire libre.

Ella.—Muy bien. Entonces devuélveme á Eduardo, que venga conmigo ..

Señora de Borkman.—¡Eduardo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo de mi alma!...

Ella.—Si me lo devuelves, me voy esta noche.

Señora de Borkman (con firmeza, después de un momento de reflexión).—Que Eduardo escoja.

Ella (indecisa).—¿Eduardo? ¿Te atreverás á dejarlo escojer?

Señora de Borkman.—¿Que si me atreveré? ¿Dejar que mi hijo escoja entre su madre y tú? ¡Ah, si que me atreveré!

Ella (escuchando). – Alguien viene. Me parece oir..

Señora de Borkman.—Será Eduardo...

(*Se oye llamar á la puerta del vestíbulo, que se abre enseguida para dejar paso á la señora Wilton, que viste traje de visita y abrigo. Detrás de ella entra la camarera asustada porque no ha tenido tiempo de anunciarla. La puerta queda entornada. La señora Wilton es una mujer de treinta años, de notable belleza, de labios sonrientes rojos y sensuales, de ojos vivos y de abundante cabellera castaña*).

Señora Wilton.—Buenas noches, señora Borkman.

Señora de Borkman (*con tono algo seco*). - Buenas noches, señora Wilton. (*A la camarera, indicándole la habitación del fondo*). Coja usted el quinqué que está allí dentro y enciéndalo. (*La camarera va á buscar el quinqué y se lo lleva*).

Señora Wilton (*advirtiendo á Ella Rentheim*). Ah! Perdone... No había advertido...

Señora de Borkman.—Es mi hermana, que hace poco ha llegado. (*Eduardo Borkman empuja la puerta entornada del vestíbulo y entra en la sala. Es un joven elegante, de ojos claros y llenos de vida; le apunta la barba*).

Eduardo (*con exclamación de gozo*). ¡Esto si que no me lo esperaba! ¡La tia Ella! (*Se dirige vivamente á ella y le estrecha las manos*). ¡Tia! ¡Tia! ¡No es posible! ¿De veras eres tú?

Ella (*abrazándolo*). - ¡Eduardo! ¡Hijo mio! ¡Que alto te has hecho! ¡Ah! ¡Que alegria volver á verte!

Señora de Borkman (*bruscamente*).—¿Que es eso, Eduardo? ¿Estabas escondido en el corredor?

Señora Wilton (*vivamente*).—Eduardo ha venido conmigo.

Señora de Borkman (*midiéndolo con la mirada*). – ¿De veras, Eduardo? ¿Ya empiezas á olvidarte de venir á saludar á tu madre?

Eduardo.—He tenido que pasar primero por casa de la señora Wilton para recoger á Frida.

Señora de Borkman.—Así pues, la señorita Foldal ha venido con vosotros. ¿Eh?

Señora Wilton. – Si. Está en el vestíbulo.

Eduardo (*desde el umbral de la puerta*).—Puedes subir Frida.

(*Pausa. Ella Rentheim examina á Eduardo, que observa un aire apocado; está un poco impaciente, se le estira la cara y su expresión es por momentos más fria. La camarera trae el quinqué encendido lo coloca en el gabinete del fondo, y se va, cerrando la puerta tras ella*).

Señora de Borkman (*con galantería forzada*).– Señora Wilton, si V. quiere pasar la velada con nosotros...

Señora Wilton.—Muchas gracias, señora Borkman; pero no he venido para quedarme. Tenemos otra invitación. Nos esperan en casa del abogado Hinkel.

Señora de Borkman (*mirándola*). – "¿Nos esperan?" ¿De quien habla?

Señora Wilton (*riendo*). - ¡Válgame Dios! De mi sola, á decir verdad; pero aquellas señoras me han rogado, que llevara al joven Borkman, si lo hallaba.

Señora de Borkman. – Ya veo que lo ha encontrado.

Señora Wilton.—Si. Casualmente. Ha tenido la amabilidad de pasar por mi casa... para llevarse á Frida.

Señora de Borkman (*secamente*).—Oye, Eduardo: yo ignoraba tu conocimiento con... la familia Hinkel.

Eduardo (*excitado*).—¡Pero, si no la conozco! (*Con algo de impaciencia*). Tu sabes muy bien, mamá, á quien conozco y á quien no!

Señora Wilton.—¡Oh! Pronto se traba amistad con ellos. Son gente alegre, hospitalaria, muy templada. Siempre hay muchas chicas en su casa.

Señora de Borkman (*recalcando las palabras*).—Conociendo, como creo conocer, á mi hijo, no es esa la compañía que le conviene, señora Wilton.

Señora Wilton.—¡Por Dios! Se ha de hacer V. cargo de que es joven...

Señora de Borkman.—Si, es joven, gracias á Dios.

Eduardo (*disimutando su impaciencia*).—Escucha, mamá No hay

que decir que no iré á casa de los Hinkel. Pasaré la velada con la tia Ella y contigo. ¡No faltaría sinó!

Señora de Borkman.—Hijo mio, no estaba muy segura de eso.

Ella.—No, Eduardo: por nada del mundo quisiera retenerte.

Eduardo.—Vaya, tia; no hablemos más de ello. (*Indecisamente, mirando á la señora Wilton*). Pero, como lo vamos á arreglar? Es un poco difícil. Usted ha aceptado la invitación en mi nombre.

Señora Wilton (*sonriendo*).—¿Difícil? Me parece que nó. Me iré sola á la fiesta.... sola y abandonada.... y me excusaré.... en nombre suyo.

Eduardo (*lentamente*).—Si no tiene V. inconveniente alguno...

Señora Wilton (*con tono ligero y conciliativo*).—Con frecuencia he dicho que sí y que nó... en nombre propio... ¡Cómo! Abandonaría V. á su tía en el momento preciso de su llegada? Vaya, señor Eduardo: ¿es portarse eso como buen hijo?

Señora de Borkman (*ofuscada*).—¿Como á buen hijo?

Señora Wilton.—Digamos como á buen hijo adoptivo.

Señora de Borkman.—Eso ya es otra cosa.

Señora Wilton.—A mi, me parece que una buena madre adoptiva tiene más derechos á nuestro agradecimiento que una verdadera madre.

Señora de Borkman.—¿Habla V. por experiencia?

Señora Wilton. ¡Oh! ¡Dios mio! No. ¡He conocido tan poco á mi madre!..... Lo que sé, es que si yo hubiese tenido, como su hijo, una buena madre adoptiva, no seria tan casquivana, como dicen que soy. (*Volviéndose hácia Eduardo*). Vaya, señor estudiante: usted se quedará de buen grado con su mamá y su tia, y tomará el té con ellas. (*A las dos señoras*) Muy buenas tardes, señora Borkman. Usted lo pase bien, señorita. (*Saludos mútuos. La señora Wilton se vá*).

Eduardo (*Siguiéndola*).—¿No quiere V. que la acompañe un trecho?

Señora Wilton (*desde junto á la puerta, rehusando con el gesto*).—No. Se lo prohibo á V. ¡Estoy tan acostumbrada á ir sola! (*Antes de atravesar el dintel de la puerta se detiene y mira á Eduardo,*

moviendo la cabeza.) Vaya V. con cuidado, señor estudiante...! No le digo más que esto.

Eduardo.—¿Por qué he de ir con cuidado?

Señora Wilton (sonriendo),—¿Quiere V. que se lo diga...? Cuando iré por el camino... sola y abandonada... ensayaré sobre V. mi poder magnético.

Eduardo (*riendo*).—¿Todavía?

Señora Wilton (*medio seria*).—Sí, si. Escúcheme bien. Mientras baje la cuesta, concentraré toda mi voluntad para decir interiormente «Eduardo Borkman; coja el sombrero».

Señora de Borkman.—¿Y V. cree que lo cogerá?

Señora Wilton (*riendo*).—¡Yo creo que sí! Lo cogerá inmediatamente. Yo diré enseguida: «Eduardo Borkman, póngase tranquilamente el abrigo y los chanclos de goma. ¡Sobre todo no descuide los chanclos! Y después, sígame. Vaya, vaya, obedezcame!»

Edurdo (*con alegria forzada*).—Sí, sí: ¡Fiese!

Señora Wilton (*levantando el índice*).—Vaya, vaya, obedezcame...! ¡Buenas noches! (*Váse*).

Señora de Borkman.—¿Dice eso de verdad?

Eduardo.—¡Cá! Está de broma. ¿Te lo has creido? (*Cambiando de tono*). Ea, no hablemos más de la señora Wilton. (*Obliga á Ella Renthein á sentarse en la poltrona, al lado de la estufa; y él, derecho á su lado, la contempla un momento*). Asi pues, te has decidido á hacer este largo viaje, tia Ella! ¡Y con este tiempo! ¡En invierno!.....

Ella.—No podia retardar más mi viaje, Eduardo.

Eduardo.—¿Por qué?

Ella.—Porqué he querido consultar á los médicos.

Eduardo.—¡Por fin! ¡Gracias á Dios!

Ella.—¿Esto te alegra?

Eduardo.—¿De que te hayas decidido á consultar á los médicos? ¡Claro que sí!

Señora de Borkman (*friamente desde el canapé*).—¿Estás enferma Ella?

Ella (*con mirada dura*).—¡Bien lo sabes que estoy enferma!

Señora de Borkman.—Delicada, si... hace ya muchos años.

Eduardo.—Cuando yo estaba en tu casa, sabes que á menudo te aconsejaba que consultaras al médico.

Ella.—No había allí nadie que me ínspirara confianza. Y luego, que entonces no me encontraba tan mala.

Eduardo.—Pero, que has empeorado, tia?

Ella.—Sí, híjo mio; un poco.

Eduardo.—Pero sin gravedad, eh?

Ella.—¡Ah! no sé.

Eduardo (*vivamente*).—Oh, entonces es preciso que te quedes aqui por una temporada.

Ella.—Eso pienso.

Eduardo.—Vivirás en la ciudad. Entre los buenos médicos que aquí encontrarás, no tendrás más que escoger.

Ella.—Por eso he venido. Esa es mi intención.

Eduardo.—Has de buscar un buen hospedaje, cómodo y tranquilo.

Ella.—Esta mañana he ido á aquel en el que estuve antes.

Eduardo.—Perfectamente. Allí estarás muy bien.

Ella.—A pesar de eso, no pienso quedarme allí.

Eduardo.—¡Cómo! ¿Porqué?

Ella.—Porque he variado de pensamiento desde que estoy aqui.

Eduardo (*admirado*).—¿Has cambiado de pensamiento?

Señora de Borkman (*sin levantar la vista de la labor que ha vuelto á tomar*).—Tu tía piensa vivir aqui, en su casa.

Eduardo (*mirando á una y otra*).—¿Aqui? ¿En nuestra casa? Es verdad, tía?

Ella.—Sí, es verdad. Me he decidido.

Señora de Borkman (*en el mismo tono*).—Ya sabes tú muy bien, Eduardo, que todo lo que aqui hay es de tu tía.

Ella.—Si, Eduardo; me quedo aqui... interinamente... Viviré aparte... en el lado donde vive el intendente...

Eduardo.—Es natural. En aquel lado siempre hay habitaciones que

te esperan. *(Animándose de súbito)*. Pero, ahora que me fijo, debe estar muy cansada del viaje, tia.

Ella.—Si. Me encuentro algo cansada.

Eduardo.—Pues así, debes acostarte temprano.

Ella (mirándole y sonriendo).—Es lo que pienso hacer enseguida.

Eduardo (vivamente).—Mañana podremos hablar más sosegadament ¿no te parece? ú otro dia cualquiera.

Señora de Borkman (no pudiéndose aguantar más y levantándose).—Me parece, Eduardo, que quieres dejarme.

Eduardo (estremeciéndose).—¿Como lo sabes?

Señora de Borkman.—Tu quieres irte á casa... á casa de los Hinkel.

Eduardo (sin querer).—¡Y dale! *(conteniéndose)* ¿Quieres que sea yo el causante de que la tia se vaya tarde á descansar? La tia está enferma, mamá. Ten esto en cuenta.

Señora de Borkman.—¡Tu quieres ir á casa de los Hinkel, Eduardo!

Eduardo (impaciente).—¡Por Dios, mamá...! Creo, en verdad; que no puedo dejar de ir. ¿No te parece, tia?

Elta.—Haz lo que quieras, Eduardo. Es lo mejor.

Señora de Borkman (con mirada dura).—¿Estás decidido á dejar á tu madre?

Eduardo.—Pero, si ya volveré... mañana; puede ser...

Señora de Borkman (con pasión, excitada).—¡Quieres dejarme...! Y para ir á casa de esa gente extraña! A casa... á casa de esos... ¡No! Me subleva el solo pensamiento!

Eduardo.—Allí hay luz, juventud, alegria... Y música, mamá.

Señora de Borkman (señalando arriba).—Tambien hay música ahi arriba, Eduardo.

Eduardo.—Ah, esa música... esa música es la que me hace huir.

Ella.—¿No te place que tu padre se distraiga un poco?

Eduardo.—Si, si. Me gusta mucho... en tanto que no tenga yo que escucharla, esa música!

Señora de Borkman (animándole con la mirada).—¡Ten valor, Eduardo! Sé valiente, hijo mio! No olvides nunca tu gran misión!

Eduardo.—¡Bah! Mamá, todo eso son palabras. Yo no he nacido para

misionero. Buenas noches, tia. Buenas noches mamá. (*Sale precipitadamente por la puerta del vestíbulo*).

Señora de Borkman (*tras una corta pausa*).—Tienes razón, Ella. Bien pronto le habrás reconquistado.

Ella.—¡Ah, si eso fuera posible!

Señora de Borkman.—Pero, ya verás. No será por mucho tiempo.

Ella.—Me lo volverás á quitar. Es eso lo que piensas ¿verdad?

Señora de Borkman.—Yo... ó la *otra.*

Ella.—Es más fácil que sea la otra, entonces.

Señora de Borkman (*humillando lentamente la cabeza*).—Te comprendo, y te devuelvo la frase: primera será ella quien me lo quite, que no tú.

Ella.—Suceda lo que suceda...

Señora de Borkman. ¿No vendria á ser lo mismo?

Ella (*cogiendo el abrigo*).—Es la primera vez que las hermanas gemelas están de acuerdo. Buenas noches, Gunilda. (*Se vá por la puerta del vestíbulo*) (*El piano del primer piso resuena más fuerte*).

Señora de Borkman (*queda un momento inmóvil, trémula se encoge y dice en voz baja*).—¡Como ahulla el lobo..... el lobo enfermo! (*Queda de pié un momento, después se deja caer sobre la alfombra y retorciéndose las manos, gime y se lamenta en voz baja*) ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¡No me abandones! ¡Vuelve á mí! ¡Sostén á tu madre... porqué no puedo soportar más esta vida!

TELON

ACTO SEGUNDO

Antiguo salón de reuniones del primer piso, con las paredes cubiertas por deslucidos tapices que representan cacerías y escenas pastoriles. A la izquierda una puerta de dos batientes. Más cerca un piano. Al fondo, hácia la izquierda, una puerta de escape. A la derecha, hácia al medio una mesa de ministro, de roble esculpido, arrimada á la pared y llena de libros y papeles. Más cerca, un sofá, una mesa y sillas. Todo el mobiliario es de estilo Imperio. Quinqués encendidos sobre las mesas.

Junto al piano escuchando los últimos compases de la *Danza Macabra* de Saint-Säens, que toca Frida Foldal, está derecho Juan Gabriel Borkman con las manos á la espalda. Es un hombre de unos sesenta años, de regular estatura, buena osamenta, muy airoso, de perfil distinguido, de mirada penetrante, cabello y barba entrecano y rizado. Viste un traje negro algo pasado de moda y corbata blanca. Frida Foldal es una muchacha de quince años, pálida y bonita, de cara alargada como descubriendo alguna pena. Viste pobremente una ropa de color claro. Al concluir de tocar hay un instante de pausa.

Borkman.—¿Donde diria V. que oi por vez primera una música como esta?

Frida (mirándolo).—No sé, señor Borkman.

Borkman.—Allá abajo en las minas.

Frida (sin comprender).—¿De veras? ¿En las minas?

Borkman.—No sé si V. sabe que yo soy hijo de minero... ¿No lo sabia?

Frida.—No, señor.

Borkman.—Pues, si; soy hijo de minero. De vez en cuando mi padre me llevaba á las minas, y allí oia el canto del mineral.

Frida.—¿De veras? ¿El mineral canta?

Borkman (*afirmando con la cabeza*).—Si, cuando lo extraen... Los azadonazos que lo arrancan son la campana de media noche con con la cual se desvela, la hora de marcha, de franquía, que toca.. Y su canto es un canto de gozo... que no se asemeja á otro canto alguno...

Frida.—Y por que canta, señor Borkman?

Borkman.—Porque ha de salir á luz y ha de servir á los hombres. (*Se pasea á lo largo de la sala con las manos atrás*).

Frida (*aguarda un momento; después consulta su reloj y se levanta*)—Usted me dispense, señor Borkman; pero, ya es hora de irme.

Borkman (*deteniéndose delante de ella*).—¿Ya quiere V. marcharse?

Frida.—Si. Después de cenar bailarán.

Borkman (*mirándola*).—¿Le gusta á V. ir de casa en casa á hacer bailar?

Frida (*poniéndose el abrigo*).—Cuando me abunda el trabajo estoy contenta, porque eso me permite ganar algún dinero.

Borkman (*insistiendo*).—¿Y piensa V. en eso, sobre todo, cuando hace bailar?

Frida.—No. Unicamente lo que más siento es no poder tomar parte en el baile.

Borkman (*afirmando con la cabeza*)—Eso es lo que yo queria hacerle decir. (*Andando inquieto*). Si, si, no poder bailar... En efecto, nada hay tan duro... (*Deteniéndose*) Pero V. tiene una compensación, Frida.

Frida (*interrogando con la mirada*).—Cual, señor Borkman?

Borkman.—Que tiene V. diez veces más música en V. misma, que todos esos que bailan, juntos.

Frida (*sonriendo*).—¡Oh! Eso si que no es del todo verdad.

Borkman (*levantando el dedo*).—No haga V. nunca la locura de dudar de si misma.

Frida.—Como que nadie àdvierte eso que V. dice...

Borkman.—Lo sabe V. misma, y eso basta. ¿Donde toca V. esta noche?

Frida.—En el otro extremo, en casa del abogado Hinkel.

Borkman (*fijando en ella una mirada aguda*).—En casa de Hinkel dice?

Frida.—Si.

Borkman (*con envenenada sonrisa*). —¿Es decir, que va gente á casa de ese hombre? ¿Encuentra personas á quienes invitar?

Frida —Según me ha dicho la señora Wilton, vá mucha gente á su casa.

Borkman (*con ira*). ¡Sí, pero qué gente! ¿Podría V. decírmelo?

Frida (*algo inquieta*).--No; no lo sé. ¡Ah! También... el joven señor Borkman estará allí esta noche.

Borkman (*admirado*).—¿Eduardo? ¿Mi hijo?

Frida.—Si. El bien piensa ir.

Borkman.—¿Cómo lo sabe V?

Frida.—El mismo lo ha dicho, hará justo una hora.

Borkman.—¿Está aqui, pues, esta noche?

Frida.—Sí: ha pasado toda la tarde en casa de la señora Wilton.

Borkman (*con tono inquisitivo*). —¿Y sabe V si ha venido aqui tambien, y si ha visto á alguien abajo?

Frida.—Si: ha entrado un momento á las habitaciones de la señora.

Borkman (*con amargura*). -¡Ah! ¡Muy bien! ¡Me lo esperaba!

Frida.—Pero no estaba sola: creo que había otra señora con ella.

Borkman.—Ah...! Sí, si: de cuando en cuando la visitan.

Frida.—¿Quiere V. que diga al señor Eduardo, cuando lo encuentre, que venga á verle?

Borkman (*con arrogancia*).—¡No! No le diga V. nada. ¡Se lo prohibo! Quien quiera verme á de ser expontáneamente. Yo no invito á nadie.

Frida.—Bien, señor Borkman... No diré nada... Buenas noches señor Borkman.

Borkman (*entre dientes mientras pasea*). - Buenas noches.

Frida.—Me permite V. bajar por la escalera de caracol? El camino es más corto.

Borkman.—Baje V. por donde quiera. Me es igual. Buenas noches.

Frida.—Buenas noches, señor Borkman. (*Vase por puerta escape*).

Borkman, preocupado, se acerca maquinalmente al piano y hace ademán de cerrarlo; pero lo deja abierto y pasea la vista alrededor por la sala vacía y emprende su paseo, inquieto, desde el ángulo del piano al ángulo de la izquierda del fondo. Al fin se sienta ante el escritorio, dirige la atención de su oido en dirección de la puerta grande; coge un espejo de mano y se miro en él y se compone la corbata. Llaman á la puerta grande. Al oir los golpes, vuelve vivamente la cabeza hácia la puerta, pero no contesta. Transcurrido un momento, llaman de nuevo más recio).

Borkman (de pié, junto al escritorio).—Adelante.

(Guillermo Foldal entra con precaución. Es un hombrecillo viejo, gastado, encorvado, de ojos azules, de mirada dulce, cabellos grises y ralos que le caen por detrás sobre el cuello del traje. Lleva una cartera bajo el brazo, un sombrero de los blandos en la mano y las gafas colocadas sobre la frente, Borkman cambia de actitud y mira á Foldal con un aire mitad pesaroso, mitad satisfecho).

Borkman.—¡Ah! Eres tú.

Foldal.—Buenas noches, Juan Gabriel. Si soy yo.

Borkman (con mirada severa).—¿No te parece que andas demasiado tarde por ahí?

Foldal.—Como que el camino es un poco largo... sobretodo cuando se hace á pié...

Borkman.—Pero, Guillermo ¿porque vienes siempre á pié? No hay un tranvia que pasa por frente á tu casa?

Foldal.—Es mejor para la salud andar á pié. Además me ahorro quince céntimos diarios .. ¿Hace mucho rato que ha venido Frida á darte música?

Borkman.—Ahora mismo acaba de irse. ¿No la has encontrado?

Foldal. No. Hace ya mucho tiempo que no la veo: desde que vive en casa de la señora Wilton.

Borkman (sentándose en el sofá é indicando una silla á Foldal).—Puedes sentarte, Guillermo.

Foldal (sentándose en el borde de una silla).—¡Ah! No puedes figurarte lo solo que me encuentro desde que se fué Frida.

Borkman.—Pues no es para tanto, porque todavía te queda ur ristra.

Foldal.—¡Es verdad! Sí: todavía me quedan cinco hijos. Pero Fri era la única que me comprendia. (*Bajando penosamente la fre te*). No hay ninguno entre los otros que me comprenda.

Borkman (*pensativo, mira á lo lejos, golpeando sobre la mesa con l dedos*).—Si; he aqui nuestro mal, la maldición que pesa sobre n sotros, los aislados, los elegidos. La masa, la multitud, la medi cridad, no nos comprenden Guillermo.

Foldal (*resignado*).—Si no fuera más que eso. .! Al menos tuviera algunas veces, un poco de paciencia. (*Con voz empañada*).—¡A Ves, eso es lo más amargo!

Borkman (*violentamente*).—¡Nada hay más amargo que no s comprendido!

Foldal.—Cierto, Juan Gabriel. Justamente hoy me he disputado co la familia antes de venir...

Borkman.—¡Ah! ¿Porqué?

Foldal (*sin poder más*).—Me desprecian allí abajo... entre l mios.

Borkman (*haciendo un movimiento de sorpresa*).—¿Te des precian?

Foldal (*enjugándose los ojos*).—Hacía mucho tiempo ya que m lo parecía, pero ahora ya no dudo.

Borkman (*trás una corta pausa*).—Indudablemente que hicis una mala elección al casarte.

Foldal.—No podia escoger mucho. Cuando un hombre envejec piensa, naturalmente en hacer hogar. sobre todo en el estado e que yo me hallaba, enlodado hasta las rodillas...

Borkman (*levantándose irritado*).—¿Es eso una acusación á m conducta?

Foldal (*asustado*).—¡Dios me libre, Juan Gabriel! Nunca he pen sado....

Borkman.—Si: tu piensas siempre en e desastre de la banca!

Foldal (*calmándolo*).—¡Pero si yo no te hago responsable! ¡Te lo juro!

Borkman (*con arrogancia, sentándose de nuevo*).—¡Está bien!

Foldal.—Por lo demás, no es de mi mujer de quien me quejo. ¡Pobre mujer! Es verdad que no está muy educada, pero es muy buena. No, Juan Gabriel: son los chicos los que...

Borkman.—Me lo figuraba.

Foldal.—¿Ves? los chicos tienen más instrucción y por consiguiente son más exigentes.

Borkman (*con mirada de compasión*).—¿Y por eso eres despreciado, Guillermo?

Foldal (*encogiendo los hombros*) —¡Dios mio! Se ha de confesar que no he hecho mi carrera.

Borkman (*acercándosele y poniéndole la mano sobre el hombro*).—¿Y no saben nada del drama que escribiste cuando eras joven?

Foldal.—Si, pero no se preocupan ni poco ni mucho.

Borkman.—¿Y pues, no tienen criterio? Tu drama es bueno: soy yo quien te lo dice.

Foldal (*iluminado el rostro*).—¿Verdad, Juan Gabriel, que hay cosas buenas en mi drama? ¡Ah, Dios mio! Si pudiera conseguir que se representara! (*Abre la cartera y se pone á hojear febrilmente el contenido*) ¡Mira! Quiero enseñarte un cambio que he hecho.

Borkman.—¿Pero, has traido el drama?

Foldal.—Si. ¡Hace ya tanto tiempo que no lo he leido...! He creido que la lectura de un acto ó dos podrian distraerte.

Borkman (*levantándose como si huyera*).—No, no. Déjalo para otra ocasión.

Foldal.—Está bien. Como tu quieras.

(*Borkman vuelve á pasearse de un extremo á otro de la sala. Foldal coloca de nuevo el manuscrito en la carpeta*)

Borkman (*deteniéndose ante Foldal*).—Tenias razón en lo que

decías hace un momento: tu no has hecho tu carrera... Pero yo te juro, Guillermo, que cuando toque la hora de la revancha..

Foldal (*haciendo acción de levantarse*).—¡Oh! Gracias!

Borkman (*haciendo un gesto con la mano*).—No te muevas. (*Exaltándose por momentos*). Cuando toque la hora de mí revancha... Cuando vean todos que no pueden pasar sin mi... Cuando vengan aqui, á esta sala, á humillarse ante mi y á suplicarme que vuelva á coger el gobernalle... que me ponga á la vanguardia de la nueva banca... de la banca fundada por ellos y que no son capaces de dirigir... (*Vuelve á tomar, delante del escritorio, la postura que tomó en el momento en que Foldal entreabria la puerta. Golpeándose el pecho*). Me pondré aqui para recíbirlos. Todo el pais preguntará que condiciones son las que impone Juan Gabriel para... (*Se detiene de súbito y fija los ojos en Foldal*). ¡Tu me miras con un aire de duda! ¿Acaso crees que no vendrán? Se verán forzados... Si, forzados, te digo... ¿No lo crees tu así? Dí?

Foldal —Si, Juan Gabriel: yo te juro...

Borkman (*sentándose otra vez en el sofá*).—¡Tengo tanta fé en el porvenir! ¡Estoy tan seguro de que vendrán! Si no estuviera convencido de que vendrán... tiempo haria que me habria saltado la tapa de los sesos...

Foldal (*inquieto*).—¡Oh! Te suplico que...

Borkman (*con aire de triumfo*).—Pero vendrán! ¡Oh! ¡vendrán! No te quepa duda! No pasa ni un dia ni una hora que no me parezca verles entrar. Ya ves que estoy á punto de recibirlos.

Foldal (*suspirando*).—¡Si les fuera posible venir algo más aprisa!

Borkman (*inquieto*).—Es verdad, Guillermo: el tiempo pasa; los años transcurren; la vida... ¡Ah! No me atrevo á pensarlo (*Mirándolo*). ¿Sabes quien me parece que soy, á veces?

Foldal.—¡Que sé yo!

Borkman.—Como un Napoleón malogrado en su primera batalla por una bala.

Foldal (poniendo la mano sobre la carpeta.—Conozco ese sentimiento.

Borkman.—Si, es lo mismo en pequeño.

Foldal (dulcemente).—Mi pequeño mundo de poesía tiene un gran valor para mi, Juan Gabriel.

Borkman (con entusiasmo).—Sí; ¡pero yo hubiera podido crear millones! Propietario de minas, de carreteras, de saltos de agua, de mil explotaciones naciendo bajo mi mano, hubiera abierto al comercio nuevas vias á través del mundo, sobre la tierra y sobre el mar... Yo solo, si, solo absolutamente hubiera llevado á cabo todo eso.

Foldal.—Ya sé que no retrocedías ante nada.

Borkman (retorciéndose las manos).—Aqui estoy como una águila herida, viendo como los otros me roban las ideas... una á una.

Foldal.—A mi tambien me pasa lo mismo.

Borkman (sin hacer caso de lo que dice Foldal).—¡Pensar que he estado á punto de vencer!... ¡Si siquiera hubiera tenido ocho dias para resarcirme! Todos los depósitos se habrian devuelto. Todos los valores que audazmente me atreví á emplear, hubieran vuelto á sus lugares correspondientes. Las grandes compañias que yo había soñado estaban ya casi constituidas. Nadie hubiera perdido ni un miserable céntimo...

Foldal.—Ah! Oh! Estuviste bien cerca!...

Borkman (con sorda rabia).—Entonces fué cuando la traición apareció, en el crítico instante en que todo iba á tener realización. (*Mirando á Foldal*).—¿Sabes tú lo que tengo por el más infamante crimen que un hombre pueda cometer?

Foldal.—No. Di.

Borkman.—Pues, no es el asesinato, la muerte, ni el robo con escalamiento. Tampoco es el falso juramento. Todo esto, por lo general hiere á los enemigos ó á los indiferentes.

Foldal.—¿Y conoces tú algo más infamante que todo eso, Juan Gabriel?

Borkman (*marcando las palabras*).—Si; lo más infamante de todo es el abuso de confianza que un amigo hace á expensas de otro amigo.

Foldal (*un poco excitado*).—Hum...! Escucha, pues...

Borkman (*levantándose rápidamente*).—Ya veo lo que vas á decirme. Pero eso nada tiene que ver con la cuestión... Los que tenian hechos depósitos en el banco habrian recobrado todo lo suyo. ¡Hasta el último céntimo! No; el acto más ignominioso que puede cometer un hombre es abusar de las cartas de un amigo... decir á todo el mundo lo que á uno solo se había confiado en la intimidad, como una cosa que se bisbea secretamente encerrados los dos en un cuarto oscuro. El hombre que recorre á semejantes medios es que está apestado hasta los tuétanos por una moral malvada. Yo tenia un amigo de esa calaña... El fué quien me arruinó.

Foldal.—Ya me figuro de quien hablas.

Borkman.—Nada había en mi vida que temiera revelarle. Mas tarde, en un momento dado, volvió contra mi las mismas armas que yo le había puesto en las manos.

Foldal—Nunca he comprendido el móvil que le impulsó... Es decir, entonces, se hicieron suposiciones...

Borkman.—¿Qué suposiciones? Dimelo. Yo no sé nada. Al cabo de poco tiempo advertí que me había quedado... aislado. ¿Que se supuso Guillermo?

Foldal.—¿No se trataba de ofrecerte una cartera de ministro?

Borkman.—Me la ofrecieron; pero la rehusé.

Foldal.—Asi... entonces... no contrariabas en nada sus planes.

Borkman.—No. Pero no fué por eso por lo que me traicionó.

Foldal.—Pues entonces, no comprendo...

Boakman.—Hoy te lo puedo decir, Guillermo.

Foldal.—A ver, dime.

Borkman.—Lo que entre nosotros habia... era cuestión de una mujer, hélo aqui todo.

Foldal.—¿Cuestión de una mujer? (*iucrédulo*) ¡Vaya, vaya, Juan Gabriel!

Borkman (*cambiando de tono*).—Si, si, sí... No hablemos más de estas historias tan viejas. El hecho es que ni uno ni otro de nosotros dos ha sido ministro.

Foldal.—Pero él ha llegado muy arriba.

Borkman.—Y yo he caido muy abajo.

Foldal.—¡Ah, que terrible drama!

Borkman (*aprobando con la cabeza*).—Casi tan terrible como el tuyo, cuando uno piensa.

Foldal (*inocentemente*).—Si, al menos, tan terrible.

Borkman (*sonriendo*).—Pero, bajo otro punto de vista; en todo esto habria un buen argumentó para escribir una comédia.

Foldal.—¿Para hacer una comedia? ¿Porqué?

Boekman.—Si, de la manera que ésto parece marchar... Escucha...

Foldal.—Di.

Borkman.—¿De veras no has visto á Frida cuando has entrado?

Foldal.—No.

Borkman.—Mientras nosotros estamos aqui, ella está allá abajo tocando para que bailen en casa del traidor que me ha arruinado.

Foldal.—¿Que me dices? No sabía absolutamente nada.

Borkman.—Pues, si. Ha tomado los cuadernos de música y me ha dejado para irse... al castillo.

Foldal (*procurando escusar á su hija*).—¡Jesús!... La pobre chica....

Borkman.—Adivina á quien hace bailar, entre otros.

Foldal.—¿A quien?

Borkman.—A mi hijo.

Foldal.—Vaya, hombre! ..

Borkman.—¿Que te parece, Guillermo? Mi hijo formando parte de los danzantes que animan esa velada! ¿No es verdad que esto parece una comedia?

Foldal.—De seguro que lo ignora todo.

Borkman.—¿El qué?

Foldal.—El no sabe que... ese hombre... En fin...

Borkman.—Puedes nombrarlo. Lo que es hoy, tanto importa ya.

Foldal.—Estoy seguro, Juan, de que tu hijo ignora todo lo que ha pasado.

Borkman.—Lo sabe todo; tan cierto como yo estoy aqui.

Foldal.—¿Y supones tu que frecuentará aquella casa?

Borkman (*bajando la cabeza*).—Mi hijo no ve las cosas del mismo modo que yo. Juraria que está con mis enemigos. Piensa, como ellos, que el abogado Hinkel cumplia con su satánico deber al traicionarme.

Foldal.—¿Y que habrá podido hacerle ver las cosas bajo este aspecto?

Borkman.—¿Y me lo preguntas? ¿Acaso no recuerdas por quien ha sido educado? Primero, por su tia desde la edad de siete años; más tarde por su madre.

Foldal.—Me parece que las injurias.

Borkman (*dando un salto*).—Yo no injurio jamás á nadie. Una y otra lo han educado contra mi, lo entiendes?

Foldal (*calmándolo*).—Sí, sí, sí: debes tener razón.

Borkman (*encolerizado*).—¡Ah! Estas mujeres!... Ellas nos deforman y nos desgracian la existencia! Ellas cortan nuestros destinos, nos desvian la victoria!

Foldal.—No todas, Juan Gabriel.

Borkman.—¿De veras? ¿Conoces una tan solo, que valga algo?

Foldal.—Hombre, no. Lo poco que conozco no vale la pena de citarse.

Borkman (*con un gesto desdeñoso*).—¿Que nos importa, pues, que hayan, si no las conocemos?

Foldal (*con entusiasmo*).—Si, Juan Gabriel. De todas maneras nos interesa. Es tan bueno, tan dulce, pensar que allá abajo, á lo lejos, á nuestro mismo alrrededor la mujer verdadera existe, á pesar de todo.

Borkman (*con impaciencia, recogiéndose en el sofá*).—¡Bah! déjame en paz con tus poéticas nonadas.

Foldal (*con aire ofendido*).—¿Tu llamas nonadas á mis creencias más sagradas?

Borkman (*con dureza*).—¡Claro que sí! Esas tonterías te han impedido hallar tu verdadero camino en este mundo. Si abandonaras todas esas inocentadas, todavía podria yo mejorarte de condición.

Foldal (*reprimiendo una sorda agitación*).—¡Oh! En cuanto á eso...

Borkman.—Ya verás... como solamente pueda llegar al poder...

Foldal.—Pues, hay para tiempo.

Borkman (*encolerizado*).—¿Pero, es que crees tú que no llegaré nunca? ¡Responde!

Foldal.—No sé que contestarte.

Borkman (*levantándose, con frialdad imponente, señalándole la puerta*).—En ese caso ya no te necesito para nada.

Foldal (*levantándose aterrado*).—¿Ya no me necesitas?

Borkman.—No, si crees que mi destino no puede cambiar ya nunca.

Foldal.—¡Es que yo no puedo creerlo contra toda razón! Ante todo precisaria un auto de rehabilitación...

Borkman.—¡Continua! ¡Continua!

Foldal.—Cierto es que no terminé la carrera de abogado, pero sé lo suficiente para...

Borkman (*bruscamente*).—¿Tu crees que es imposible?

Foldal.—No hay motivos bastantes...

Borkman.—Los hombres escepcionales no necesitan motivos.

Foldal.—La Ley no hace distinciones.

Borkman (*con tono duro y rápido*)—Tu no eres poeta, Guillermo

Foldal (*juntando violentamente las manos*).—Tu crees...?

Borkman (*interrumpiéndolo y sin contestarle*).—Uno y otro perdemos el tiempo. Más vale que no vuelvas.

Foldal.—¡Quieres, pues, que te abandone!

Borkman (*sin mirarlo*)—Ya no te necesito.

Foldal (*humildemente, cogiendo su carpeta*).—Está bien, está bien. No se hable más.

Borkman.—Así, pues, no venias más que á contarme mentiras...

Foldal (*meneando la cabeza*)—Jamás te he mentido Juan Gabriel.

Borkman.—¿No has estado demostrando siempre tener fé en mi en mi porvenir?

Foldal.—Todo el tiempo que tu has creido en mi vocación, todo el tiempo que has tenido fé en mi, yo la he tenido en ti.

Borkman.—Pues, nos hemos estado engañando el uno al otro. Y tal vez, cada uno de nosotros se ha engañado igualmente á sí mismo.

Foldal.—Si. Pero al fin y al cabo no es eso la amistad, Juan Gabriel

Borkman (con amarga sonrisa).—Si, si, tienes razón: saber engañar: en eso consiste la amistad... No es la primera vez que lo experimento.

Foldal (mirándolo).—¡Que no soy poeta! ¡Tener el valor de decirmelo con tanta crudeza!

Borkman (con voz más dulce).—¡Hombre!... Yo no entiendo mucho de esas cosas.

Foldal.—Puede ser que entiendas más de lo que te figuras.

Borkman.—¿Yo?

Foldal (con dulzura).—Si, tu. Ves? yo mismo he tenido horas de duda, mortificado ya por la idea de haber sacrificado mi vida á una ilusión.

Borkman.—Si dudas de ti mismo, estás perdido por adelantado.

Foldal.—Mi único consuelo era venir aqui á sostenerme en tu fé. (*Tomando el sombrero).*—Pero ahora ya no eres más que un extraño para mi.

Borkman.—Tambien tu lo eres para mi.

Foldal.—Buenas noches, Juan Gabriel.

Borkman.—Buenas noches, Guillermo.

(*Foldal sale por la puerta de la izquierda Borkman queda un rato inmóvil con los ojos fijos en la puerta cerrada. Después hace un movimiento como para llamar á Foldal; pero meditando un momento, vuelve á pasear á lo largo de la sala con las manos atrás. Finalmente se detiene ante el escritorio, cerca del sofá, y apaga el quin*

qué. La sala queda invadida por una media oscuridad. Al cabo de un momento llaman en la puerta de escape.)

Borkman (sobresaltado, se gira y pregunta en voz alta).—¿Quien es? (*Nadie responde. Llaman de nuevo*).

Borkman (*sin moverse*).—¿Quien es? ¡Adelante!

Ella Rentheim aparece en la puerta con una vela encendida en la mano. Viste de negro. El abrigo le flota sobre los hombros).

Borkman (*mirándola fijamente.*—¿Quien es? ¿Que quiere?

Ella (*cerrando la puerta y avanzando*).—Soy yo, Borkman. (*Deja la palmatoria sobre el piano y queda inmóvil*).

Borkman (*como petrificado, la mira largo rato y dice á media voz*)—Eres... eres Ella? Ella Rentheim?

Ella.—Si... «tu Ella», como la llamabas... antes... hace ya muchos años.

Borkman (*sin cambiar de tono*).—Si, eres tú, Ella... Ahora te reconozco.

Ella.—¿Ya me reconoces?

Borkman.—Si: empiezo á...

Ella.—Me han envejecido mucho los años. ¿No te parece, Borkman?

Borkman (*con esfuerzo*).—Has cambiado un poco. En el primer momento...

Ella.—No tengo ya los negros bucles que me caian sobre la nuca que tanto te gustaba ensortijar en tus dedos.

Borkman (*vivamente*).—Si, Ella, ahora me doy cuenta en que consiste la diferencia: en el cambio de peinado.

Ella (*sonrie, melancólica*).—Si: nada más que eso.

Borkman (*cambiando de conversación*).—Pero, yo ignoraba que estuvieras aqui.

Ella.—Acabo de llegar.

Borkman.—¿Y que es lo que te trae por aqui... en invierno?

Ella.—Te lo diré.

Borkman.—¿Es por algo que se relacione conmigo?

Ella.—Si, contigo tambien. Pero para explicártelo todo he de remontarme á muchos años atrás.

Borkman.—Estarás cansada; sin duda.

Ella.—Si lo estoy.

Borkman.—¿Quieres sentarte? Allí... en el sofá.

Ella.—Gracias. En efecto, tengo necesidad de sentarme. (*Se sien en el sitio más cerca del sofá. Borkman de pié junto al escritor con las manos á la espalda, la mira. Breve pausa*).

Ella.—Hace ya mucho tiempo que no nos hallamos así, frente frente.

Borkman (*en actitud pensativa*).—Si, mucho, mucho tiempo. U abismo de horror nos separa de aquel dia.

Ella.—Toda una vida nos separa; toda una vida perdida.

Borkman (*con mirada acerada*).—¿Perdida?

Ella.—Si: perdida para los dos.

Borkman (*secamente*).—Yo todavía no considero perdida mi vida.

Ella.—¿Y la mia?

Borkman.—¡Tu tienes la culpa de ello!

Ella (*con sobresalto*).—¿Y eres tú quien me dices eso?

Borkman.—Tu hubieras podido ser muy dichosa sin mi.

Ella.—¿Tu lo crees?

Borkman.—Si tu lo hubieses querido.

Ella (*con amargura*).—Es claro: otro estaba dispuesto á recogerme.

Borkman.—Y tu no lo aceptaste...

Ella.—Sí, rehusé.

Borkman.—Muchas veces, durante años.

Ella (con tono sarcástico).—Era la felicidad la que no acepté, ¿no es verdad?

Borkman.—Tu hubieras podido ser dichosa con él, y yo me hubiera salvado.

Ella.—¿Tú?

Borkman.—Si: tu me habrias salvado, Ella.

Ella.—¿Que quieres decir?

Borkman.—El me atribuia tus desaires... Creia que yo era el causante... Un dia se vengó. ¡Eso le era tan fácil! Tenia las armas en la mano: mis cartas, en las que yo se lo decía todo, sin desconfianza,

sin reserva. El hizo uso de ellas y yo me veo perdido... Hasta nueva orden, se entiende. ¡Ya ves bien que es por tu culpa, Ella!

Ella.—Bien, bien, Borkman. Al fin y al cabo todavía resultará que soy yo quien te es deudora.

Borkman.—Según. Ya sé bien lo que te debo. En la subasta te hiciste adjudicar esta finca, pusiste esta casa en estado de recibirnos á mi... y á tu hermana... Recogiste á Eduardo, lo has mantenido, le has educado...

Ella.—Todo el tiempo que me lo han dejado.

Borkman.—Que tu hermana te lo ha dejado, si. Yo no me ocupo de todos estos asuntos domésticos. Te lo repito: recorozco todos los sacrificios que has hecho por tu hermana y por mi. Pero tu te hallabas en situación de poderlos hacer, Ella... Y si tu estabas en esa situación, recuerda que es á mi á quien lo debias.

Ella (*exitada*).—Te engañas completamente, Borkman, si atribuyes mi conducta á cualquier otro motivo que á un sentimiento tierno y profundo por Eduardo... y por ti... ¡He aqui el único móvil!

Borkman (*interrumpiéndola*).—Dejemos á un lado la cuestión del sentimiento. Lo que yo he querido decir es que no hubieras podido hacer lo que has hecho si yo no te hubiera proporcionado los medios.

Ella (*sonriendo*).—¡Oh! Los medios... los medios...

Borkman (*con fogosidad*).—Si, los medios. Llegada la hora, la hora de la batalla suprema y decisiva, cuando, ni á parientes ni á amigos, yo no podía perdonar á nadie; cuando me vi obligado á dar, como en efecto lo di, un golpe con los millones que se me habían confiado... unicamente hubo una escepción para tí, por tu porvenir, para todo lo que te pertenecía... Y, no obstante, yo hubiera podido echar mano de lo tuyo, servirme de ello, como hice con lo de los otros...

Ella (*friamente, con calma*).—Es verdad, Borkman.

Borkman.—Si, es verdad. Cuando vinieron á prenderme... en los sótanos del Banco hallaron todo lo tuyo, que estaba intacto.

Ella (*mirándole fijamente).*—Con frecuencia me he preguntado.. porqué habrias salvado mi fortuna de entre todas las demás.

Borkman.—¿Por qué?

Ella.—Si, ¿por qué? dímelo.

Borkman (*con voz dura y sarcástica*). —¿Crees, tal vez, que lo hice para quedarme con recursos en caso de bancarrota?

Ella.—No, Borkman..... En aquel momento no pensabas tu en tal cosa.

Borkman.—¡Nunca! Estaba seguro de la victoria.

Ella —Dime, entonces, porque razón lo hiciste.

Borkman (*encogiéndose de hombros*).—Caramba, Ella, un hombre no puede recordar bien los motivos que le han inducido hace veinte años. Solo sé una cosa; y es que en las horas solitarias en que secretamente meditaba los proyectos de negocios que se trataban de emprender, experimentaba un sentimiento semejante al del areonauta que consagra sus noches de insomnio á hinchar un inmenso globo que se lo ha de llevar por sobre los mares desconocidos.

Ella (*sonriendo*). —¿No dices que jamás habias dudado del triunfo?

Borkman (*impacientado*).—Asi están hechos los hombres, Ella: la misma cosa es para ellos objeto de fé y de duda. (*Mirando enfrente de él*). Yo supongo que esta es la razón que me ha impedido hacerte seguir mi suerte, á ti y á todo lo tuyo.

Ella (*ansiosamente atenta*).—¡Explícate! ¡Hazme el favor!

Borkman (sin mirarla).—Un hombre no se lleva consigo aquello que más estima al embarcarse para un semejante viaje.

Ella. —¿Pero, no te llevabas en tu viaje, tu porvenir, tu vida, lo que en más estima tenias, sin duda?

Borkman.—No siempre es la vida lo que más se ama.

Ella (*con el aliento contenido*). —Es eso, pues, lo que sentias en aquella época?

Borkman. - Yo creo que si.

Ella.—¿Era yo, lo que tu más estimabas?

Borkman.—Sí; me parece recordarlo.

Ella.—Hacia ya años que me habias abandonado para casarte... con otra.

Borkman. ¿Abandonado? ¿Pero, no comprendes que me vi obligado por motivos de orden superior... Digamos si tu quieres de otro orden. Yo nada podia hacer sin su concurso.

Ella (*endereʐándose*).—Así, pues, me abandonaste por... motivos de orden superior.

Borkman.—Yo no podía prescindir de su concurso. Tu constituiste el precio.

Ella. —Y este precio lo pagaste al contado, sin regeteo.

Borkman.—No me era dado escoger: precisaba vencer ó morir.

Ella (*trémula la voʐ, fijando la vista en él).*—Es cierto, de verdad, lo que dices? ¿No tenias en aquella época nada más precioso que yo?

Borkman.—Ni en aquella época ni más tarde... mucho tiempo... mucho tiempo...

Ella.—Pero eso no te impidió hacer el trato, vender á otro tu derecho de amor... ceder mi amor por un empleo de director de banco!

Borkman (*inclinando la frente*). —Me veia obligado por una necesidad absoluta, Ella.

Ella (*levantándose rapidamente, temblando de coraje*).—¡Malvado!

Borkman (*extremeciéndose, pero dominándose enseguida*).—No es la primera vez que oigo esa palabra.

Ella.—¡Oh! No se trata de lo que hayas podido cometer contra las leyes del pais! ¡Que me importa el uso que hayas podido hacer de las acciones, de las obligaciones, de no sé que papeluchos que te habían confiado! Si hubiera podido hallarme á tu lado en el momento en que todo se fué á rodar...

Borkman.—¿Qué habrias hecho, Ella?

Ella. —¡Ah! Puedes creerme, lo hubiera suportado con alegria... Lo hubiera compartido todo, tu vergüenza, tu ruina... todo. . todo... Yo te hubiera ayudado á llevar la carga.

Borkman. —¿Tu hubieras hecho todo eso? ¿Hubieras tenido fuerza?

Ella.—Fuerza y voluntad: todo lo hubiera tenido. Como que por entonces yo ignoraba tu horrible delito.

Borkman.—¿De que delito hablas?

Ella.—De un crimen para el cual no hay perdón.

Borkman (*mirándola*).—¿Estás delirando?

Ella (*acercándose á él*).—¡Eres un asesino! ¡Has cometido un gran pecado mortal!

Borkman (*retrocediendo hácia el piano*).—¿Pero te vuelves loca, Ella?

Ella.—Tu has matado en mi la vida de amor. (*Yendo hácia él*). ¿Comprendes lo que quiere decir esto? La Sagrada Escritura habla de un pecado misterioso para el cual no hay perdón. Nunca había comprendido que clase de pecado era, pero ahora lo comprendo. El gran pecado que escapa á la gracia... lo comete el que mata la vida de amor en un ser.

Borkman.—¿Y es de eso de lo que tu me acusas?

Ella.—Si. Hasta esta noche no he comprendido lo que me sucedió. Al abandonarme por Gunilda no vi otra cosa más que un caso usual de inconstancia y los efectos de la artificiosidad de una mujer sin corazón. Yo creo que, á pesar de todo, te despreciaba un poco. ¡Pero ahora lo comprendo todo! ¡Has traicionado á la que tu amabas! A mi, á mi, á mi...! No has temido sacrificar á tu ambición todo lo que más amabas en este mundo. En eso has sido doblemente criminal: has asesinado tu propia alma y la mia!

Borkman (*friamente*).—¡Que bien reconozco, Ella, á tu alma apasionada, indomable! ¡A ti te parece bien mirar las cosas de esta manera! Tu eres mujer, y para ti nada hay en el mundo que prevalga...

Ella.—No, nada.

Borkman.—...contra los derechos de tu corazón.

Ella.—Si, si! Tu lo has dicho!

Borkman.—Pero, recuerda que yo soy hombre. Como mujer, tu eras la que yo amaba más en el mundo. Pero una mujer después de todo, si es preciso, puede ser reemplazada por otra mujer...

Ella (mirándolo, sonriendo).—¿Es tu matrimonio con Gunilda lo que te ha convencido?

Borkman.—No; pero el trabajo que tenia ante mi, me ayudó á soportar, como todo lo demás, esta prueba. Se trataba de hacerme dueño de todo lo que dá el poder en este pais, de someter á mi voluntad la tierra y el mar, los campos y los bosques, y de hacer de todo ello una fuente de prosperidad para miles de seres humanos.

Ella (abstraida en sus pensamientos).—¡Me acuerdo de todo eso! ¡Cuantas veces, por la noche, tu me hablabas de tus planes!

Borkman.—Si, Ella: á ti podía hablarte de todo.

Ella.—Yo jugaba con tus ideas, yo te preguntaba si querias despertar los espíritus dormidos del oro.

Borkman (bajando la cabeza).—Me acuerdo de esas palabras. (*Lentamente*) «Los espíritus dormidos del oro...»

Ella.—Tu lo tomabas en serio. «Si, si, Ella,—decias—es esta mi intención».

Borkman.—Era cierto. Una vez puesto el pié en el estribo... Y todo esto dependia nada más que de un hombre. Tenia el poder, y la voluntad de hacerme llegar á la dirección de la banca... si tan solamente...

Ella.—Si tan solamente renunciabas á la mujer que amabas... y que tambien te amaba con toda su alma.

Borkman.—Yo no conocía su pasión desenfrenada por tí; yo sabía que con esta sola condición...

Ella.—Y tu hiciste la venta...

Borkman (encolerizándose).—Si, Ella; la hice. ¡Tenia tanta sed de poder!... Hice la venta, como tu dices. Era preciso. Entonces, gracias á él, pude elevarme hasta medio camino de las alturas soñadas... Subía, subia... Cada año avanzaba una etapa...

Ella.—Y en cuanto á mi... quedé eliminada, borrada de tu existencia...

Borkman.—Por último acabó por arrojarme al abismo... Gracias á ti, Ella.

Ella (*después de un momento de meditación*).—Di, Borkman: no te parece que en nuestro amor había caido una maldición?

Borkman (*mirándola*).—¿Una maldición?

Ella.—Si. No te parece?

Borkman (*con tono de impaciencia*).—Si; pero, porqué...? (*Vivamente*) ¡Ah, Ella! No sé quien de nosotros dos tenga razón.

Ella.—Tu eres el culpable. Tu has matado en mi toda alegria humana.

Borkman (*ansioso*).—¡No digas tal cosa, Ella!

Ella.—O por lo menos todas las alegrias de la mujer. Desde el momento en que tu imagen empezó á borrarse en mi, me faltó la claridad. Durante estos largos años, cada vez me ha sido más imposible querer á nadie, personas, animales ó plantas. Una sola persona formaba la escepción.

Borkman.—¿Quién era esa persona?

Ella.—Eduardo.

Borkman.—¿Eduardo?

Ella.—Si, Borkman: Eduardo...

Borkman.—¿De veras? Le querias hasta ese punro?

Ella.—¿Porqué, sino hubiera sido por eso, lo habria recogido y retenido tanto tiempo como he podido? Si, por qué?

Borkman.—Yo atribuia ese acto á un impulso de caridad, como todo lo demás.

Ella (*con una violenta emoción interna*).—¡Un impulso de caridad! ¡Ah! ¡ah! No practico la caridad desde que tu me abandonaste. No me era dado más. Si algún desgraciado, hambriento y muerto de frio entraba en mi casa á pedir algo de comer, yo lo mandaba á la cocina. Nunca había sentido la necesidad de recogerlo yo misma, de sentarlo junto á mi, cerca del fuego, y contemplarlo comer y calentarse. Cuando yo era joven era bien distinta. Todavía me acuerdo como si fuera ahora. Fuiste tu quien hiciste el frio y el vacio en mi... y alrededor de mi.

Borkman.—Nada más que Eduardo fué la excepción?

Ella.—Si tu hijo... Fuera de él, nadie más. Tu me has hecho perder las alegrias maternales. (*Perturbada profundamente*). En fin, no podia acostumbrarme á mi pérdida. Y, entonces fué cuando me llevé á Eduardo, que yo gané, que conquisté su alma tierna y confiada... hasta que... Oh!...

Borkman.—Hasta que...

Ella.—Hasta que su madre, su madre de la carne y de la sangre me lo quitó.

Borkman.—De todos modos hubiera tenido que abandonarte para venir á estudiar.

Ella (*retorciéndose las manos*).—Si, pero no puedo soportar la soledad, el vacio, la pérdida de su corazón.

Borkman (*con alegria maligna en los ojos*).—¡Hem! No creo de ningún modo que lo hayas perdido, Ella; porque no es aqui, abajo, donde saben conquistar los corazones.

Ella.—He perdido á Eduardo: ella le ha conquistado; ella... y tal vez también otra... Lo conozco en las cartas que me escribe de vez en cuando.

Borkman.—¿Has venido, entonces, para llevártelo contigo?

Ella.—Si, si es posible.

Borkman.—Eh? Es posible, si tu te empeñas en absoluto, porque tú tienes más derechos sobre él que otro cualquiera.

Ella.—¡Oh! ¡Mis derechos! ¿Que poder tienen? Si él no viene á mi por su propia voluntad, ya puedo darlo por perdido, á pesar de todo. ¡Yo lo quiero para mi, entero para mi! ¡Yo sola quiero poseer el corazón de mi Eduardo!

Borkman.—Fíjate que Eduardo tiene ya más de veinte años, y me parece que no podrás ser mucho tiempo la señora de su corazón.

Ella (*con sonrisa triste*).—No se trataría tampoco de mucho tiempo.

Borkman.—¿De veras? Yo creia que tus exigencias durarian tanto como tu vida.

Ella.—Cierto. Pero eso no significa gran cosa.

Borkman (*extrañado*).—¿Qué quieres decir?

Ella.—¿No sabes el estado de mi salud durante todos estos últimos años?

Borkman.—¿Has estado enferma?

Ella.—¿Tal vez, no lo sabes?

Borkman.—No, no lo sé de fijo...

Ella (*mirándolo, extrañada*).—¿Nunca te ha dicho nada Eduardo?

Borkman.—En este momento no recuerdo...

Elta.—Tal vez... no te ha hablado nunca de mi?

Borkman.—Si. Me parece que me ha hablado... Pero, como que casi nunca lo veo! Abajo hay alguien que se lo impide, para alejarlo de mi.

Ella.—¿Estás seguro de eso, Borkman?

Borkman.—¡Si, qué estoy seguro! (*Cambiando de tono*). ¿Y pués, estás enferma, Ella?

Ella.—Si; y he empeorado tanto este otoño, que me he visto obligada á venir á consultar buenos médicos.

Borkman.—¿Ya los has visto?

Ella.—Si, esta mañana.

Borkman.—¿Y qué dicen?

Ella.—Me han confirmado lo que hacía ya tiempo pensaba.

Borkman.—¿Qué?

Ella (*tranquilamente*).—Que tengo una enfermedad mortal, Borkman.

Borkman.—¡Cá, no será eso, Ella!

Ella.—Una enfermedad que no perdona. Los médicos desconocen el medio de curarla. Dicen que ha de seguir su curso. Viéndose impotentes para atajarla, todo lo más que pueden hacer es aliviarme un poco, y aún gracias.

Borkman.—Pero puede durar mucho tiempo eso! De seguro que...

Ella.—Todavía pasaré todo el invierno. Eso creen ellos.

Borkman (*irreflexivamente*).—¡Ah! El invierno es largo...

Ella (*dulcemente*).—En todo caso, demasiado largo para mi.

Borkman (*vivamente, para justificar el cambio*).—¿Pero de qué te proviene esa dolencia? Has hecho siempre una vida sana y metódica... ¿De qué debe provenirte?

Ella (*mirándolo*).—Los médicos hablan de emociones rudas que habria podido experimentar algún dia...

Borkman (*sobresaltado*).—¿Emociones? ¡Ah, ya lo comprendo! ¡Yo soy la causa de todo!

Ella (*con sobreexcitación creciente*).—Es demasiado tarde ya para hablar de eso. ¡Pero necesito á mi Eduardo, á mi hijo de mi corazón! Lo necesito antes de irme. Es un tormento pensar que he de dejarlo todo, decir adiós á la vida, al aire y á la luz del dia, sin dejar una sola persona que piense en mi y me guarde un dulce y tierno recuerdo como un hijo lo guarda de su madre muerta.

Borkman (*trás un corto silencio*).—Llévatelo, Ella... si puedes ganar su corazón.

Ella (*vivamente*)—¿Me lo das? ¿Quieres?

Borkman (*en actitud sombria*).—Si. El sacrificio no es grande, porque yo para él soy un extraño.

Ella.—Gracias. Todavia me queda que pedirte algo, Borkman. Se trata de una cosa á la cual doy un gran valor.

Borkman.—Dí.

Ella.—Tal vez te parezca infantil la idea... no me comprenderás...

Borkman.—Dí, mujer.

Ella.—Cuando yo muera dejaré una fortunita...

Borkman.—Si, ya lo sé.

Ella.—Mi intención es dejársela toda á Eduardo.

Borkman.—¡Ah! Si... No tienes nadie más próximo...

Ella (*con calor*).—¿Que él? No, á nadie.

Borkman.—Tu eres la última de tú rama.

Ella (*bajando lentamente la cabeza*).—Si, soy la última. Conmigo se extinguirá el apellido Rentheim. ¡Me causa tanta pena este pensamiento! Desaparecer del todo, hasta el nombre...

Borkman (*sobresaltándose*).—¡Ah! ¡Ya veo á donde vas!

Ella (*con pasión*).—¡Haz qúe esto no suceda! ¡Permite que Eduardo tome mi nombre después de mi muerte!

Borkman (*mirándola con dureza*).—Ya comprendo. Tu quieres que Eduardo no lleve el apellido de su padre; hélo aqui todo.

Ella.—¡Jamás se me ha ocurrido esta idea! ¡Yo misma me hubiera tenido por orgullosa y feliz de llevar tu nombre! ¡Oh! No: este anhelo que tengo es el de una madre agonizante. Un apellido, Borkman, es un lazo más estrecho de lo que tu te figuras,

Borkman (friamente, con orgullo).—Está bien, Ella. Soy hombre para llevar yo solo mi nombre.

Ella (cogiéndole las manos que estrecha entre las suyas).—¡Gracias! ¡Gracias! Ahora todo está arreglado entre nosotros. Si, si, Borkman: has enmendado tus errores en todo lo que te ha sido posible! ¡Yo moriré pero Eduardo me sobrevivirá!

(*La puerta de escape se abre y la señora de Borkman aparece en el dintel, con un fichú negro en la cabeza*).

Señora de Borkman (violentamente sobrexitada).—¡Eduardo no llevará nunca ese apellido.

Ella (retrocediendo).—¡Gunilda!

Borkman (duramente y con tono amenazador).—Nadie tiene el derecho de penetrar aqui, en mis habitaciones!

Señora de Borkman (avanzando un paso).—¡Yo me lo tomo ese derecho!

Borkman (iendo hácia ella).—¿Qué quieres de mi?

Señora de Borkman.—Quiero luchar por ti, defenderte de malas artes.

Ella.—No hay peores artes que las tuyas, Gunilda.

Señora de Borkman (con dureza).—Supongamos que sea así... (*Con el brazo extendido y el tono de amenaza*).—¡Lo que hay de seguro es que Eduardo llevará el apellido de su padre! ¡Lo llevará con orgullo y firmeza y lo conducirá por el camino del honor! ¡No quiero que tenga otra madre que yo! ¡Yo solo poseeré el corazón de mi hijo! ¡Nadie más que yo lo poseerá!

(*Se vá por la puerta falsa, que cierra trás de ella*)

Ella (trastornada).—¡Borkman! ¡Eduardo será victima de todo esto! Es precisa una reconciliación... entre Gunilda y tú. Date prisa, bajemos á sus habitaciones.

Borkman (mirándola).—¿Cómo? ¿Yo también?

Ella.—Si, los dos juntos.

Borkman (*meneando la cabeza*).—Es muy dura, Ella; dura como el hierro que yo en otros tiempos soñaba arrancar de las montañas.

Ella.—¡Pues, inténtalo! ¡Ahora es la ocasión!

(*Borkman la mira sin contestar, inmóvil, indeciso*).

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto en las habitaciones de la Señora de Borkman. El quinqué continúa encendido sobre la mesa, al lado del canapé. La Señora de Borkman, con un fuchú negro sobre la cabeza, muy agitada entra por la puerta del vestíbulo, se acerca á la ventana y descorre una cortinilla. Después atraviesa la sala y vá á sentarse junto á la estufa. Un momento después se levanta bruscamente y toca el timbre. Queda esperando, de pié junto al canapé. Viendo que no acude nadie, vuelve á llamar más fuerte. Al cabo de un rato entra Malena, la camarera, por la puerta del vestíbulo. Viene malhumorada. Se adivina que se ha despertado sobresaltada y que se ha vestido deprisa.

Señora de Borkman (con impaciencia).—¿Dónde estaba, Malena? ¡Es la segunda vez que llamo!

Malena.—Ya lo había oido, señora.

Señora de Borkman.—Y, pués, por qué no ha venido V.?

Malena (malhumorada).—¡Bien había de echarme algo encima!

Señora de Borkman.—Es verdad. Arréglese un poco é irá á buscar á mi hijo.

Malena (mirándola, admirada).—¿Al señorito Eduardo, he de ir á buscar?

Señora de Borkman. Si, y le dirá que venga enseguida, que tengo que hablarle.

Malena (ásperamente).—Entonces, más valdria que fuera á despertar al cochero del intendente.

Señora de Borkman.—¿Por qué?

Malena.—Para que enganche un trineo. ¡Porque esta noche nieva de verdad!

Señora de Borkman.—No importa. Vaya, dese prisa. Es muy cerca de aqui. No ha de hacer más que volver la esquina.

Malena.—No está tan cerca como V. dice, señora.

Señora de Borkman.—Veamos. ¿No sabe V. donde está la villa Hinkel?

Malena (*con tono sarcástico*).—¡Basta! ¿Está esta noche allí, el señorito Eduardo?

Señora de Borkman (*extrañada*).—¿Pues, donde creia V. que estaba?

Malena (*con media sonrisa*).—Yo creia que estaba allí donde está siempre.

Señora de Borkman.—¿Que quiere decir?

Malena.—En casa de la señora Wilton ¡mira tú!

Señora de Borkman.—¿En casa de la señora de Wilton? Según tengo entendido, mi hijo no vá á ella con mucha frecuencia.

Malena (*entre dientes*).—Pues dicen que va todos los dias.

Señora de Borkman.—Eso son chismorreos, Malena. Dése prisa: vaya enseguida á casa de los Hinkel y avíselo.

Malena (*encogiendo los hombros*).—Ya voy, señora, ya voy.

(*En el momento en que va para salir por la puerta del vestíbulo, esta se abre, y Ella Rentheim y Borkman aparecen en el dintel*).

Señora de Borkman (*dá vacilando un paso atrás*).—¿Qué quiere decir esto?

Malena (*asustada, juntando instintivamente las manos*).—¡Virgen santísima!

Señora de Borkman (*en voz baja, á Malena*).—¡Dígale V. que venga enseguida!

Malena (*en voz baja*).—Muy bien dice V., señora.

(*Entra Ella Rentheim seguida de Borkman. Malena pasa por detrás de ellos, se vá y cierra la puerta. Corta pausa*).

Señora de Borkman (*que ha procurado dominarse, volviéndose hácia*

Ella).—¿Que es lo que viene á buscar él aqui... en mis habitaciones?

Ella.—Quisiera reconciliarse contigo, Gunilda.

Señora de Borkman (*moviendo la cabeza*).—Jamás ha hecho nada para intentarlo.

Ella.—Viene á intentarlo esta noche.

Señora de Borkman.—La última vez que nos encontramos frente á frente fué en el tribunal... ante los jueces que me pedian explicaciones.

Borkman.—Hoy soy yo quien viene á darlas.

Señora de Borkman (*mirándolo*).—¡Tú!

Borkman.—No se trata de lo que he hecho: todo el mundo lo sabe.

Señora de Borkman (*suspirando con amargura*).—Tienes razón: todo el mundo lo sabe

Borkman.—Lo que se ignora son los motivos que me han hecho obrar... que me han forzado á cometer ciertos actos. El mundo no comprende que me haya visto obligado á hacer lo que he hecho, y eso porque soy Juan Gabriel Borkman... y no otro. He aqui lo que me propongo explicarte.

Señora de Borkman (*moviendo la cabeza*).—Es inútil. No se absuelve á nadie por haber obrado por impulsión.

Borkman.—Esto puede absolvernos á nuestros propios ojos.

Señora de Borkman (*haciendo un gesto con la mano*).—¡Basta de escusas de esa especie! He reflexionado profundamente sobre estas tristes cuestiones.

Borkman.—Yo también. He tenido tiempo suficiente para hacerlo durante los cinco años que estuve preso. Y todavía más durante los ocho años pasados ahi arriba, en la sala grande. He revisado el sumario y he rehecho el proceso... para mi solo. He sido mi propio acusador, mi propio defensor, mi propio juez. Un juez imparcial, me atrevo decirlo. Allí arriba, mientras me paseaba por la sala, analizaba cada una de mis acciones. Las he examinado en todos sentidos y bajo todos los aspectos, sin contemplación ni piedad, como el abogado de un adversario. Todos estos debates con-

tradictorios venian á parar invariablemente en el mismo veredicto... Un veredicto que no me reconocía culpable sinó contra mi mismo.

Señora de Borkman.—¿Y contra mi? ¿Y contra mi hijo?

Borkman.—En las palabras *contra mi mismo* estais comprendídos uno y otra.

Señora de Borkman.—¿Y los centenares de personas que dicen que tu has arruinado?

Borkman (con tono más violento).—¡Yo tenia el poder! ¡Yo obedecía á una sugestión interior de una fuerza irresistible. De por todos lados del pais, del corazón de las rocas y del fondo de las montañas me llamaban los millones cautivos, implorándome su liberación! Nadie entendía su clamor... sinó yo.

Señora de Borkman.—Si... para vergüenza del nombre de Borkman.

Borkman.—Quisiera saber que hubieran hecho los otros, si hubieran tenido el poder.

Señora de Borkman.—Nadie hubiera hecho lo que tú hiciste.

Borkman.—¡Quien sabe! ¡Como que ninguno tenia mis facultades! Y los mismos que hubieran hecho como yo, lo hubieran hecho con otro fin. El acto no habría sido el mismo... En una palabra, yo he pronunciado mi propia absolución.

Ella (dulcemente, tono de ruego).—¡Oh! ¿Estás bien seguro, Borkman, de eso que dices?

Borkman (moviendo la cabeza).—Si. En lo concerniente á esta cuestión, me he perdonado. Pero siento pesar sobre mi otra acusación aplastante.

Señora de Borkman.—¿Cual?

Borkman.—Ocho años preciosos de mi existencia han sido consumidos allá arriba sin provecho ninguno. El mismo dia que me pusieron en libertad, habría habido de volverme á la realidad, una realidad fria y sin sueños; abandonarme á su mano férrea, volver á comenzar la vida por bajo é ir subiendo una segunda vez hácia las cumbres... para elevarme más alto que nunca... á despecho del pasado...

Señora de Borkman.—¡Ah! No habrias hecho más que volver á vivir la misma existencia. ¡Puedes estar seguro!

Borkman (*moviendo la cabeza y midiéndola en actitud doclrinaria*). —Nada sucede de nuevo en el mundo, y por lo tanto, nada se repite, porque nuestro modo de ver cambia y modifica el sentido de nuestros actos. Un mismo acto se transfigura cuando nuestro ojo regenerado se abre á una nueva visión... (*Interrumpiéndose*). ¡Pero tú no lo puedes comprender esto!

Señora de Borkman (secamente).—No, no lo comprendo.

Borkman..—¡Ah! ¡Justamente esta, es mi maldecida suerte! ¡No haber ni un alma que me haya comprendido jamás!

Ella (*mirándolo*).—¿Ni una, Borkman?

Borkman. - Una sola... tal vez... hace ya muchos años. Era un tiempo en que yo creia no tener necesidad de ser comprendido por los demás. ¡Fuera de ella, nadie! Yo no he tenido nunca ningún compañero que me vigilara, levantado apuntando el dia y tocando la campana matinal á fin de que vuelva al trabajo con el espíritu libre y resuelto; nadie para confirmarme en la idea de que no he cometido ningún acto irreparable.

Señora de Borkman.—Así pues, tu tienes necesidad de una confirmación que venga de fuera?

Borkman (para encolerizarse)—Eh? Cuando todos me aturden los oidos con que estoy perdido sin remedio, puede haber momentos en que me lo llegue á creer. (*Moviendo la cabeza*). Pero mi conciencia resucita triunfante, y me absuelve.

Señora de Borkman (*con mirada dura*).—¿Por qué no has venido nunca á solicitarme *que te comprendiera,* como tu dices?

Borkman.—¿De que me hubiera servido el venir á verte?

Señora de Borkman (*haciendo un gesto con la mano*).—Tu jamás has querido sinó á ti mismo... He aqui el fondo de todo.

Borkman (*con altivez*).—Yo he amado el poder...

Señora de Borkman.—Si, el poder!

Borkman.—.....el poder de crear la felicidad en mi rededor!

Señora de Borkman.—En otro tiempo tu tuviste el poder de hacerme feliz. ¿Que hiciste de ese poder?

Borkman (*sin mirarla*). —No hay naufragio sin víctima.

Señora de Borkman.—¿Y tu propio hijo? ¿Le ha servido nunca tu poder? ¿Has vivido un solo dia para hacerlo dichoso?

Borkman.—¿Mi hijo? No lo conozco.

Señora de Borkman.—Sí, cierto es lo que dices: tú no lo conoces.

Borkman (*duramente*). —Tu has velado porque así fuera; tú, su propia madre.

Señora de Borkman (*mirándolo con aire de superioridad*).—Tu no sabes por lo que velo.

Borkman.—¿Tú?

Señora de Borkman.—Sí, yo. Y he sido sola para hacerlo.

Borkman.—Y bien: qué es ello? Dí.

Señora de Borkman.—He velado por conservar tù buen nombre: esta es mi obra.

Borkman (*con una risita seca*).—¡Por conservar mi buen nombre! ¡Cualquiera diria que me he muerto!

Señora de Borkman (*con tono firme*).—¡Si que lo estás!

Borkman (*lentamente*).—Tal vez tengas razón. (*Irguiéndose*) Pero, no, no! ¡Todavía no! He estado bien á punto, bien á punto. Pero he podido salvarme. Estoy sano y salvo. Todavía tengo la vida por delante de mi. Veo resplandecer una vida nueva que me espera. Ya lo verás tú también.

Señora de Borkman (*levantando la mano*).—No pienses más en vivir: ¡quédate muerto donde estás!

Ella (*indignada*).—¡Gunilda! ¡Gunilda! Es posible que tú...?

Señora de Borkman (*sin atender á Ella*).—Yo levantaré un monumento sobre tu sepulcro.

Borkman.—¿Una picota, tal vez?

Señora de Borkman (*con creciente exaltación*).—¡No! No será un monumento de madera, de piedra ó de metal. Nadie se atreverá á grabar ninguna inscripción infamante. Alrededor habrán árboles y plantas que formarán una valla viva que ocultará á los ojos de

los hombres todas las máculas del pasado. El olvido lo cubrirá todo, no viéndose nada de lo que fué Juan Gabriel Borkman.

Borkman (*con voz ronca*).—¿Es esta la obra de misericórdia que quieres hacer?

Señora de Borkman.—No será con mis solas propias fuerzas; no me atrevo á fiarme de ellas. Pero he educado á quien me ayudará, consagrando su vida á esta única tarea. Vivirá una vida de pureza, de elevación, de luz, de forma que tu vida de tinieblas habrá desaparecido sin dejar rastro ninguno.

Borkman (*sombrio y amenazador*).—Si se trata de Eduardo, dilo ya.

Señora de Borkman (*mirándolo con firmeza á los ojos*).—Si, es de Eduardo, de mi hijo... á quien quieres tu hacer víctima expiatoria de tus pecados.

Borkman (*mirando á Ella*).—Del más negro de mis crimenes.

Señora de Borkman (*irguiéndose*).—¿De un crimen referente á otro? ¡Piensa en tu crimen para conmigo! (*Midiéndolos á los dos con aire de triunfo*) ¡Pero no os atenderá! ¡Cuando en mi ruina yo lo llame, vendrá! ¡El no quiere estar sino á mi lado! (*Aplicando de súbito la atención*). ¡Ya le oigo! ¡Es él!... Es él, Eduardo! (*Eduardo abre violentamente la puerta del vestibulo y se precipita en la habitación. Lleva el abrigo y el sombrero puestos*).

Eduardo (*pálido y ansioso*).—¡Por amor de Dios, mamá! ¿Que pasa? (*Al advertir á Borkman, que está derecho junto á la puerta del fondo, se cohibe y se quita el sombrero. Después de un momento de silencio*) Que quieres de mi, mamá? ¿Que ha sucedido?

Señora de Borkman (*abriendo los brazos*).—¡Quiero verte, Eduardo! ¡Quiero tenerte á mi lado... siempre!

Eduardo (*cohibido*).—Tenerme á tu lado... siempre?... ¿Qué quieres decir?

Señora de Borkman.—¡Si, á mi lado, á mi lado! ¡Quieren arrancarte de junto á mi!

Eduardo (*retrocediendo un paso*).—¡Ah! ¿Ya lo sabes?

Señora de Borkman.—Si. ¿Tu también?

Eduardo (*mirándola sorprendido*).—¿Si yo lo sé? ¿Yo? ¡Claro, naturaimente!

Señora de Borkman.—¡Ah! ¡Un complot á espaldas mias! ¡Eduardo! ¡Eduardo!

Eduardo (*vivamente*).—¡Mamá! Pero á que te refieres?

Señora de Borkman.—Lo sé todo. Sé que tu tia ha venido para arrancarte de mi lado!

Eduardo. – ¡Tia Ella!

Ella.—¡Ah! Primero déjame hablar, Eduardo.

Señora de Borkman (*continuando*). – Quiere que te ceda á ella! Quiere hacerte de madre, Eduardo! Quiere que de aqui en adelante seas su hijo y no el mio! Quiere legarte todo cuanto posee! Quiere que dejes tu apellido para tomar el suyo!

Eduardo.—¿Es verdad eso, tia?

Ella.—Si, es verdad.

Eduardo.—Es la primera vez que oigo hablar de todo eso. ¿Por qué quieres que vuelva á vivir en tu casa?

Ella.—Porque veo que te perderé del todo si te quedas aqui.

Señora de Borkman (*con dureza*).—¿Yo te lo quitaré, verdad? ¡Estará bien hecho!

Ella (*con mirada suplicante*).—Eduardo, la pérdida será demasiado cruel. Sábelo: estoy sola y la muerte me aguarda.

Eduardo.—¿La muerte?

Ella.—Si, la muerte. ¿Quieres asistirme hasta mis últimos momentos, entregarte á mi sin reservas, como si fueras mi propio hijo? Quieres. .

Señora de Borkman (*interrumpiéndola*). ...faltar á tu madre, y tal vez, también á tu deber, á tu misión en este mundo? ¿Quieres hacerlo, Eduardo?

Ella.—Estoy condenada. Contéstame Eduardo.

Eduardo (*intensamente emocionado*). - Tia, tu has sido muy buena para mi. En tu casa, mi ínfancia ha transcurrido tranquilamente y con toda dicha... dicha como nunca criatura alguna la haya conocido mejor...

Señora de Borkman.—¡Eduardo! ¡Eduardo!

Ella.—¡Ah! ¡Qué alegria, haberte dejado un recuerdo así!

Eduardo.—Pero tu me pides un sacrificio que no puedo hacerte. No puedo consagrarme por completo á este aeto de piedad filial.

Señora de Borkman (*triunfante*).—¡Ah! ¡Bien lo sabia yo! ¡No lo conquistarás, Ella! ¡No lo conquistarás!

Ella (*dolorosamente*).—Si: ya veo que tu me lo has vuelto á quitar.

Señora de Borkman.—Es verdad. Es mio y lo guardo. ¿No es cierto, Eduardo? Tenemos que recorrer el camino juntos, tu y yo.

Eduardo (*sosteniendo una lucha interior*).—Mamá... no puedo callártelo por más tiempo.

Señora de Borkman (*inquieta*).—¿Qué?

Eduardo.—Que no estaremos mucho tiempo juntos, mamá.

Señora de Borkman (*aterrada*).—¿Que quieres decir?

Eduardo (*cobrando valor*).—¡Dios mio mamá, piensa que soy joven! Este tufo de carcel acabará por ahogarme!

Señora de Borman.—¡Eduardo!

Eduardo.—Si, mamá: aqui me ahogo.

Ella.—Pues ven conmigo, Eduardo.

Eduardo.—¡Ah! Tia, aqui ó en tu casa, viene á ser igual. No hay más que el cambio de casa: siempre resulta carcel. Saldria del fuego para caer en las llamas...

Señora de Borkman (*agitada, pero procurando dominarse*).—¡Que la casa de tu madre es una cárcel!

Eduardo (*con impaciencia creciente*).—En verdad que no encuentro otra palabra. Idolatria... solicitud enfermiza... que se yo! ¡El hecho es que no puedo soportarlo más!

Señora de Borkman (*mirándolo con mirada grave y profunda*).—¿Olvidas el fin al cual has consagrado tu existencia, Eduardo?

Eduardo (*sin poderse contener*).—¿Cómo? Dí más bien que eres tu que la has consagrado. ¡Tu has substituido mi voluntad por la tuya, y yo no he tenido nunca el derecho de querer! ¡Ya me tiene cansado este juego! ¡Soy joven, mamá! Es preciso no olvidar que soy joven. (*Dirigiéndo una mirada cortés y llena de deferencia*

hacia Borkman). No puedo consagrar mi vida á expiar las faltas de otros... sea quien sea este otro.

Señora de Borkman (*con creciente angustia*) —¿Quien te ha cambiado así, Eduardo?

Eduardo (*turbado*).—¿Quien? ¿Acaso no puedo cambiar por propio impulso?

Señora de Borkman.—No, no. Tu sufres una influencia extraña. No estás bajo la de tu madre, ni bajo la... de tu madre adoptiva.

Eduardo (*con valentía forzada*).—No obedezco más que á mi mísmo, mamá, y no sufro otra influencia que la de mi propia voluntad.

Borkman (*avanzando hácia Eduardo*).—A ver. Quizás, al fin, ha llegado mi hora.

Eduardo (*con frialdad cortés*).—¿Que quiere decir con eso, papá?

Señora de Borkman (*sarcástica y desdeñosa*).—Es lo que yo también pregunto.

Borkman (*sin turbarse*).—Escúchame, Eduardo. ¿Estás dispuesto á seguir á tu padre? Nadie puede ser rehabilitado por otro. Eso no son más que quimeras y sueños, con los cuales te han aturullado aqui... entre estas cuatro paredes. Aunque llevaras una vida tan edificante como la de todos los santos del cielo, yo no habria adelantado ni un paso.

Eduardo (*friamente respetuoso*).—Es la pura verdad.

Borkman.—Sí, es la verdad. Nada ganaré consumiéndome en la contricción y abismándome en la penitencia. Durante todos estos años he tratado de sostenerme en la esperanza y el sueño; pero de esto no saco nada. Ya he acabado de soñar.

Eduardo (*inclinándose ligeramente*).—¿Y que piensas hacer, papá?

Borkman.- Quiero rehabilitarme yo mismo, comenzando por bajo. Solamente el presente y el porvenir de un hombre pueden resarcir su pasado. Quiero trabajar, trabajar sin tregua para volver

á la vida de mi juventud. ¿Quieres venir conmigo y ayudarme á rehacer mi existencia?

Señora de Borkman (***acompañando un gesto***).—¡No lo hagas, no, Eduardo!

Ella (***calurosamente***).—Sí, sí: ayúdale, Eduardo!

Señora de Borkman.—¿Eres tú quien le dás ese consejo? ¿Tu, que no hace mucho decias que te encontrabas sola y moribunda?

Ella.—¡Ah! ¡No importa!

Señora de Borkman.—Si, nada importa, no es verdad, mientras no se quede conmigo?

Ella.—Tu lo has dicho, Gunilda.

Borkman.—¿Que dices á esto, Eduardo?

Eduardo (***afligido***).—Que no puedo, papá Me es imposible.

Borkman.—Pues, que quieres hacer, dí.

Eduardo (***animándose***).—¡Soy joven! ¡Quiero vivir! ¡Vivir mi propia vida!

Ella.—Sin sacrificar algunas semanas para iluminar el fin de una pobre vida que se apaga?

Eduardo.—Yo bien lo quisiera, pero me es imposible.

Ella.—Hasta tratándose de una persona que te quiere más que á todo?

Eduardo.—Tan cierto como que existo, no puedo, tia.

Señora de Borkman (***mirándolo serenamente***).—¿Y tu madre? ¿Ya no hay nada, pues, que te ligue á ella?

Eduardo.—Te querré siempre, mamá; pero no puedo continuar viviendo nada más que para tí. No estoy hecho para la vida que quieres imponerme.

Borkman.—Pues bien, vuelvo á decírtelo: únete conmigo. La vida, Eduardo, es el trabajo. Vayamos juntos por las sendas de la vida y trabajemos juntos.

Eduardo (*con pasión*).—¡Oh! ¡No quiero trabajar en este momento! ¡Soy joven! ¡Yo no lo había advertido hasta ahora! El fuego de la juventud circula por todas mis venas. ¡No quiero trabajar! ¡Quiero vívir, vivir, vivir!

Señora de Borkman (*acometida por un presentimiento*).—¡Eduardo! ¿A qué llamas tú vivir?

Eduardo (*brillándole los ojos*).—¡Quiero ser feliz, mamá!

Señora de Borkman.—¿Y dónde vas á buscarla, la felicidad?

Eduardo.—¡Ya la he encontrado!

Señora de Borkman (*dando un grito*).—¡Eduardo!

(*Eduardo corre á la puerta del vestíbulo y la abre*).

Eduardo (*gritando*).—¡Fanny! ¡Ya puedes entrar!

(*Fanny Wilton, con abrigo, aparece en el dintel de la puerta*).

Señora de Borkman (*levantando los brazos*).—¡Señora Wilton!

Señora Wilton (*ligeramente intimidada, interrogando á Eduardo con la mirada*).—¿De veras puedo entrar?

Eduardo.—Si, ya puedes entrar. Lo he dicho todo.

(*Fanny Wilton entra. Eduardo cierra la puerta trás ella. La señora Wilton se inclina con afectación ante Borkman, que le responde con muda cortesía. Corto silencio*).

Señora Wilton (*moderando la voz, pero en tono resuelto.*—Así pues, ya lo saben todo. Estaba allí como una mujer culpable que acaba de desencadenar la desgracia sobre esta casa.

Señora de Borkman (*lentamente, mirándola fijamente*).—Usted ha roto los últimos lazos que me hacían amar la vida. (*Con explosión)*. ¡Pero... eso no es posible!

Señora Wilton.—¡Comprendo muy bien, señora Borkman, que esto le parezca imposible!

Señora de Borkman.—Usted misma debe darse muy bien cuenta de ello.

Señora Wilton.—Más bien diré que esto no es posible. Y no obstante, es.

Señora de Borkman (*volviéndose hácia Eduardo*).—¡Eduardo, esto no está nada bién!

Eduardo.—Mamá, toda mi felicidad es esta; la grande, la inefable felicidad que ilumina la vida. Es todo lo que puedo decirte.

Señora de Borkman (*retorciéndose las manos; á la señora Wilton*).—

¡Ah! ¡Cómo ha sabido engañarlo y hacerlo caer en la trampa á mi pobre hijo!

Señora Wilton (*levantando la frente con arrogancia*).—Se equivoca. señora.

Señora de Borkman.—¿Que me equivoco, dice?

Señora Willon.—Yo no lo he engañado. Eduardo ha venido á mí voluntariamente, y yo he ido á él por mi propia voluntad.

Señora de Borkman (*midiéndola cou decisión*).—Si, usted..... Ya lo creo!

Señora Wilton (*procurando dominarse*).—Señora de Borkman, en la vida humana hay fuerzas que parece que usted ignora que existan.

Señora de Borkman.—¿Qué fuerzas son esas?

Señora de Wilton.—Las que obligan á dos seres á unir para siempre sus destinos... á pesar de todo.

Señora de Borkman (*burlando*).—Yo creía que usted estaba unida para siempre... con otro.

Señora Wilton (*en tono breve*).—Ese otro me ha abandonado.

Señora de Borkman.—Pero está vivo según dicen.

Señora Wilton.—Para mí es como si estuviera muerto.

Eduardo (*interviniendo*).—Si, mamá: para ella es como si estuviera muerto. Y, después de todo, que me importa de ese otro!

Señora de Borkman (*con severa mirada*).—Asi pues, tú estabas enterado de todo.

Eduardo.—Si, mamá: lo sé todo, todo, todo!

Señora de Borkman.—¿Y nada te preocupa?

Eduardo (con desdén de soberbia).—¿Qué? Te lo repito: no quiero más que una cosa: la felicidad. ¡Soy joven! Quiero la vida, la vida, la vida!

Señora de Borkman.—Sí, tú eres joven, Eduardo; demasiado joven.

Señora Wilton (*con tono firme y grave*).—Esté V. segura señora de Borkman, de que le he dicho todo lo que hay por decir: nada le he ocultado de mi pasado. Más de una vez le he recordado que yo tenia siete años más que él...

Eduardo (*interrumpiéndola*).—¡Bah! Eso hace ya mucho tiempo que lo sabia, Fanny.

Señora Wilton.—No le ha detenido nada, nada.

Señora de Borkman.—¿De veras? ¿Y usted no podia sencillamente despedirlo de su casa, cerrarle la puerta? ¡Eso es lo que debiera usted haber hecho!

Señora Wilton (*mirándola y moderando la voz*).—Eso me era imposible, señora de Borkman.

Señora de Borkman.—¿Por qué?

Señora Wilton.—Porque también busco mi felicidad, yo.

Señora de Borkman (*con tono burlón*).—¡Hem! su felicidad... su felicidad...

Señora Wilton.—Hasta entonces yo no sabia lo que era felicidad. Por tarde que llegue, no puedo rehusarla.

Señora de Borkman.—¿Hasta cuando le parece que durará esa felicidad?

Eduardo (*interrumpiéndola*).—El tiempo nada quiere decir, mamá.

Señora de Borkman (*encolerizada*).—¡Y qué ciego, que estás! ¿Pero tú no ves á donde te ha de conducir todo esto?

Eduardo.—No me preocupa el porvenir. No me preocupa nada. En fin, quiero vivir, quiero vivir la vida.

Señora de Borkman (*dolorosamente*).—¿Y es eso lo que tu llamas la vida?

Eduardo.—Pero, que no ves su hermosura?

Señora de Borkman (*retorciéndose las manos*).—¡Ah! ¡Tener que soportar esta vergüenza!

Borkman (*desde el fondo de la habitación, con voz vibrante*).—Ya habrías de estar acostumbrada á estas cosas, Gunilda.

Ella (*con voz suplicante*). ¡Borkman!

Eduardo (*id.*).—¡Papá!

Señora de Borkman.—Ver siempre ante mí á mi hijo, á mi propio hijo, unido con una... con una...

Eduardo (*interrumpiéndola*).—Tu no verás nada, mamá... Estáte tranquila, porqué no me quedaré aqui.

Señora Wilton (*en tono firme y decidido*).—Sí, señora de Borkman: nos vamos el uno y el otro.

Señora de Borkman (*empalideciendo*).—¿Usted tambien? ¿Juntos, quizá?

Señora Wilton (*signando que si*).—Me voy al extrangero, hácia el mediodia: acompaño á una muchacha... Eduardo viene con nosotros.

Señora de Borkman.—Se vá con usted... y con una muchacha?

Señora Wilton.—Si, Con Frida Foldal, que vive en mi casa. Quiero hacerle aprender música.

Señora de Borkman.—¿De verdad?

Señora Wilton.—Si. No puedo de ningún modo dejarla que vaya sola tan lejos, pobre criatura!

Señora de Borkman (*reprimiendo una sonrisa*).—¿Qué dices tú á eso, Eduardo?

Eduardo (*algo turbado, encogiéndose de hombros*).—Que quieres, mamá; ya que Fanny lo quiere...

Señora de Borkman (*friamente*).—¿Cuándo se van, si es que puedo saberlo?

Señora Wilton.—Esta misma noche... de aqui á un rato. Mi trineo cerrado nos aguarda allá abajo, delante de casa de los Hinkel.

Señora de Borkman.—¡Ah!... ¡He aqui lo que significaba esa velada?

Señora Wilton (*sonriendo*).—Donde estábamos solos, Eduardo y yo... y Frida, se entiende.

Señora de Borkman.—¿Y donde está ella, ahora?

Señora Wilton.—En el trineo que nos espera.

Eduardo (*muy turbado*).—¿Comprendes, mamá? Yo queria ahorrarte, á tí y á los demás, todo este...

Señora de Borkman (*anonadada*).—¿Pero, es que te querias marchar sin despedirte?

Eduardo.—Si. Lo habria preferido. Más hubiera valido para todos. Las maletas estaban á punto, todo estaba arreglado; pero han venido á buscarme, y entonces.... (*Alargándole las dos manos*). Adiós mamá.

Señora de Borkman (*rechazándole con un gesto*).—¡No me toques!

Eduardo (*con dulzura*).—¿Son tus últimas palabras, estas?

Señora de Borkman (*con dureza*).—Si.

Eduardo (*volviéndose hacia Ella Rentheim*).—Está bien. Adios, tia

Ella (*estrechando las manos de Eduardo entre las suyas*).—Adios, Eduardo. Vive, pues, tu vida... y sé feliz, tan feliz... como puedas serlo...

Eduardo.—Gracias, tia. (*Inclinándose ante Borkman*). Adios, papá. (*En voz baja á la señora Wilton*). Acabemos.

Señora Wilton (*en voz baja*).—Si, vámonos enseguida.

Señora de Borkman (*con sonrisa maliciosa*).—¿Es prudente, señora señora Wilton, que se lleve V. consigo á esa muchacha?

Señora de Wilton (*contestando á la sonrisa, y en tono medio en broma y medio en serio*).—¡Los hombres son tan inconstantes, señora de Borkman!... ¡Y las mujeres también!... Cuando Eduardo se canse de mi... y yo de él... es necesario que el pobre chico tenga con quien consolarse. Esto valdrá más para uno y otro.

Señora de Borkman.—¿Y entonces, y usted?

Señora Wilton.—¡Oh! Yo siempre sabré arreglarme. Ustedes lo pasen bien.

(*Se vá por la puerta del vestíbulo. Eduardo queda un momento indeciso, pero después vuelve la espalda y la sigue*).

Señora de Borkman (*juntando las manos*),—¡Ya no tengo hijo!

Borkman (*como tomando de súbito una resolución*).—¡Adelante pues! ¡Me encontraré solo en la tempestad! ¡Mi sombrero! ¡Mi abrigo! (*Se precipita hacia la puerta*).

Ella (*deteniéndole, angustiada*).—¿Dónde vas, Juan Gabriel?

Borkman.—A la tempestad de la vida, lo sabes? ¡Déjame, Ella!

Ella (*sugetándolo fuerte*).—¡No, no te dejo! Estás enfermo: te lo conozco en la cara.

Borkman.—¡Déjame marchar, te digo! (*Se desprende de Ella, y se vá por la puerta del vestíbulo*).

Ella (*en el dintel de la puerta*).—¡Gunilda! ¡Ayúdame á detenerlo!

Señora de Borkman (*en medio de la escena, y con voz fria y dura*).—¡No detengo á nadie! ¡A nadie, en este mundo! ¡Que me abandonen todos, todos absolutamente! ¡Que se vayan lejos de aquí... allá á donde quieran! (*Dando de pronto un grito agudo*) ¡Eduardo, no te vayas! (*Se precipita hacia la puerta con los brazos abiertos. Ella Rentheim le corta el camino*).

TELON

ACTO CUARTO

Un patio delante de la casa Rentheim. A la derecha se vé nna esquina de casa que sale fuera. Sobre algunos escalones bajos, la puerta de entrada. Al fondo, tocando el horizonte, una pendiente rápida plantada de abetos, que avanza hasta el patio. A la izquierda, plantaciones recientes. La tempestad ha cesado, y la tierra está cubierta por una espesa capa de nieve, igualmente que los árboles. La noche es oscura, y surcan el cielo grandes cúmulos de nubes, entre los cuales, por breves instantes, aparece la luna. Solamente la nieve ilumina el paisaje con una pálida claridad.

En lo alto de la escalera se vé á Borkman, á la señora de Borkman y á Ella Rentheim. Borkman, débil y decaido, se apoya en la pared de la casa. Lleva sobre los hombros de cualquier manera puesta, una capa vieja, y tiene en una mano un sombrero blando de fieltro gris, y en la otra un grueso bastón. Ella Rentheim lleva un abrigo sobre el brazo. La señora de Borkman lleva la cabeza descubierta: el fichú le ha caido sobre los hombros.

Ella (*cortándole el camino á la señora de Borkman*).—Es inútil que corras trás de él, Gunilda.

Señora de Borkman (*fuera de sí*).—¡Déjame pasar! ¡No quiero que se vaya!

Ella.—Es inútil, ya te lo he dicho. Ya no le alcanzarás.

Señora de Borkman.—¡No importa! ¡Déjame pasar, Ella! Lo llamaré desde lo alto de la cuesta. ¡Los oirá muy bien los gritos de su madre!

Ella.—Desde el interior de un coche cerrado no los oirá.

Señora de Borkman.—Pero... todavía no habrá montado en el coche.

Ella.—Si. Hace ya un rato que está dentro del coche.

Señora de Borkman (*desesperada*).—¿Dentro del coche, dices? ¡Junto á ella, entonces! ¡Junto á ella!

Borkman (*riendo lúgubremente*).—Con seguridad, pues, que no oirá los gritos de su madre.

Señora de Borkman.—No... no me oirá, no. (*Escuchando*) Pst? ¿Que ruido es ese?

Ella (*escuchando también*).—Parecen cascabeles.

Señora de Borkman (*con un grito ahogado*).—¡Es su trineo!

Ella.—U otro cualquiera.

Señora de Borkman.—¡No! Es el trineo cerrado de la señora Wilton. Lo conozco en el sonido de los cascabeles de plata. ¡Escuchad! ¡Ahora pasan por delante de nosotros! ¡Ahora bajan la cuesta!

Ella (*vivamente*).—¡Gunilda! Si quieres llamarlo, ahora es la ocasión. Tal vez, qnién sabe... (*Se oyen los cascabeles muy cerca, en el bosque*). ¡Anda, Gunilda! ¡Están aqui mismo!

Señora de Borkman (*quedando un momento indecisa, y después, meditando é irguiéndose*).—No; no quiero llamarlo. ¡Que Eduardo Borkman me deje, si quiere! Que se vaya lejos, bien lejos á lo que él ahora llama la vida y la felicidad. (*El ruido va perdiéndose á lo lejos*).

Ella (*después de un corto silencio*).—Ya no se oyen los cascabeles.

Señora de Borkman.—Parecian la campana de los muertos.

Borkman (*con risa seca, ahogada*).—¡Ah! ¡ah! No es todavia por mí, por quien toca.

Señora de Borkman.—No; toca por mi y por quien me ha abandonado.

Ella (*pensativa, bajando la cabeza*).—¡Quien sabe, si más bien, lo llama á la vida y á la felicidad, como él dice!

Señora de Borkman (sobresaltándose y mirándola duramente).—¿A la vida y á la felicidad, dices?

Ella.—Al menos por algunos cortos momentos.

Señora de Borkman.—¿Le desearias la vida y la felicidad... á ella?

Ella (con calor).—¡Oh! ¡Con toda mi alma!

Señora de Borkman.—En este caso tu amor es más grande que el mio.

Ella (mirando enfrente, á lo lejos).—Quizás es la privación la que alimenta este amor.

Señora de Borkman (fijando la vista en ella).—Si es así, pronto seré tan fuerte como tú, Ella. (*Se vuelve y entra en la casa*).

(*Ella Rentheim queda un instante inmóvil, fijando la mirada inquieta en Borkman; después le pone suavemente la mano sobre el hombro*).

Ella.—Juan: habríamos de entrar tambien... Ven...

Borkman (que parece haber sido despertado con sobresalto).—¿Yo?

Ella.—Si: este aire es demasiado frio para ti. No te sienta bien: te lo conozco en la cara. Ven á calentarte en tu casa.

Borkman (encolerizado).—¿Allí arriba, tal vez, en la sala grande?

Ella.—No... más bien abajo... en la habitación de ella.

Borkman (con ademán y tono de violencia). —¡Jamás volveré á poner los piés en esta casa!

Ella.—¿Dónde quieres ir, pues, Juan? Es muy tarde ya y está muy oscuro.

Borkman (poniéndose el sombrero).—Ante todo quiero ir á visitar mis tesoros ocultos.

Ella (con mirada ansiosa). —¿Qué quieres decir, Juan?

Borkman (con brusca carcajada).—¡Oh! ¡No se trata de dinero robado que haya escondido! ¡No temas, Ella! (*Interrumpiéndose y señalando con el dedo*). ¡Mira! ¿Quién es aquel que viene por allí?

(*Guillermo Foldal, con un abrigo largo cubierto de nieve, el sombrero echado hacia la frente, y un gran paraguas en la mano, desemboca por el lado de la casa, y avanza con dificultad por encima de la nieve. Cojea mucho del pié izquierdo*).

Borkman.—¡Guillermo! ¿Que vienes hacer otra vez aquí?

Foldal (*levantando la cabeza*).—¡Dios me perdone! ¿Eres tú, Juan Gabriel? ¿Delante de tu casa? (*Saludando*) Veo que estás con tu señora.

Borkman (*en tono breve*).—No es mi mujer.

Foldal.—Dispensa... Yo me creí... Como que he perdido las gafas entre la nieve... ¿Pero cómo es que tú, que nunca sales...?

Borkman (*despreocupado y jovial*).—Es cuestión de volverme á acostumbrar al aire libre. Tres años de detención preventiva, cinco de prisión celular, ocho de estar encerrado allí arriba...

Ella (*inquieta*).—¡Borkman! ¡Por favor!

Foldal.—¡Pobre de mí!

Borkman.—A ver: qué es lo que quieres?

Foldal (*siempre desde el pié de la escalera*).—Vengo para hablarte, Juan Gabriel. Tenia necesidad de subir á tu casa, á la sala... ¡Ah! Esa sala... esa sala...

Borkman.—¿Vuelves á mi casa, á pesar de haberte echado fuera?

Foldal.—¡Dios mio! ¡Ya no me acuerdo!

Borkman.—¿Qué tienes en el pié, que vás cojo?

Foldal.—¡Ah, sí! Es verdad: me han derribado al suelo.

Ella.—¿Le han tirado al suelo?

Foldal.—Si, un trineo.

Borkman.—¿Cómo? ¿Cómo?

Foldal.—Un trineo de dos caballos que bajaba al galope por la montaña. No he tenido tiempo de apartarme.

Ella.—¿Y le han tirado por tierra?

Foldal.—Sí, señora... ó señorita. El trineo venía derecho hacia mí... bien derecho... Me ha derribado... sobre la nieve... donde he perdido las gafas... El paraguas se ha roto... (*Frotándose la rodilla*). También á la pierna le ha tocado.

Borkman (*con risa contenida*).—¿Sabes quien iba en el trineo, Guillermo?

Foldal.—No. ¿Cómo quieres que lo sepa, si era un trineo cerrado y llevaba las cortinillas corridas? El cochero no ha parado ni un

momento apesar de haberme visto rodar por tierra. ¡Pero que me importa á mi todo esto! (*Con alegría*). ¡Soy tan feliz, ya lo ves, tan feliz!

Borkman.—¿Feliz?

Foldal.—¡Dios mio! No encuentro la palabra exacta, pero me parece que es esto. Sí: soy feliz. Me sucede una cosa extraordinaria, que no me la esperaba, Juan Gabriel! ¡Preciso es que te haga participar de mi alegría!

Borkman (*con rudeza*).—Está bien: hazme participar, pero acaba.

Ella.—Primeramente dile á tu amigo que entre, Borkman.

Borkman (*con dureza*).—Ya te he dicho que no entraré más!

Ella.—¿Pero no oyes lo que ha dicho? Un trineo le ha derribado al suelo.

Borkman.—¿A quién no han tirado al suelo una vez en la vida? Es preciso volverse á poner de pié y no hacer caso de nada.

Foldal.—Es muy profundo lo que acabas de decir, Juan Gabriel. No te enfades. En pocas palabras te diré lo que me ha pasado.

Borkman (*suavizando la voz*).—Si, hazme el favor, Guillermo.

Foldal.—Escucha, pues: esta tarde, al volver de tu casa, he encontrado una carta. Nunca dirías de quien era?

Borkman.—De tu hija Frida; verdad?

Foldal.—¡Justo! Lo has adivinado! Si: era una carta de Frida... una carta muy larga, que ha traido un criado. ¿Sabes lo que decía?

Borkman.—Supongo que se despide de tí y de su madre.

Foldal.—Cierto. ¡Qué bien lo adivinas, Juan Gabriel! Si: me habla de la estimación que merece á la señora Wilton, y me hace saber que esta señora quiere llevársela al extrangero para que aprenda música. La señora Wilton ha llegado al extremo de elegir un buen maestro para que le dé lecciones durante el viaje. Como tú comprenderás la chica está un poco atrasada en ciertas cuestiones.

Borkman (*conteniendo un estallido de risa).*—Sí, sí, sí. Ya comprendo, Guillermo. ¡Lo comprendo muy bien!

Foldal (*continuando con calor*).—¡Figúrate! Hasta esta tardeno he sabido este proyecto de viaje, en aquella velada... sabes.. Hem. Ape-

nas ha tenido tiempo de escribirme. Te aseguro que es una carta muy bonita, llena de afecto, y en la cual no se ve el menor rastro de desdén hacia su padre. ¡Qué pensamiento más delicado, despedirse por carta! (*Riendo*) ¡Pero no me engañará!

Borkman (*con mirada interrogadora*).—¿Y eso?

Foldal.—Ella me escribe que se van mañana por la mañana, á primera hora.

Borkman.—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Ella dice que se marchan mañana?

Foldal (*riendo y frotándose las manos*).—Pero yo soy muy ladino. Ahora me voy á casa de la señora Wilton...

Borkman.—¿Esta noche?

Foldal.—¡Es claro! ¡No es tan tarde como todo eso! Si está cerrado llamaré. ¡Oh, si! Es preciso que vea á Frida antes que se vaya, no sea que... Vaya, buenas noches, buenas noches.

Borkman.—Espera un poco, pobre Guillermo... Puedes ahorrarte esa inútil caminata.

Foldal.—¿Por mi pié, quieres decir?

Borkman.—Sí. Y además porque no vás á poder entrar en casa de la señora Wilton.

Foldal.—¡Oh! ¡Vaya si entraré! Me colgaré del cordón de la campanilla y estaré llamando hasta que vengan á abrirme. Quiero ver á Frida y la veré.

Ella.—Su hija ya se ha ido, señor Foldal.

Foldal (*aterrado*).—¿Frida se ha marchado? ¿Está V. segura de ello? ¿Quién se lo ha dicho?

Borkman.—Su futuro profesor.

Foldal.—¿Cómo? ¿Lo conoces á ese profesor? ¿Quién es?

Borkman.—Un estudiante que se llama Eduardo Borkman.

Foldal (*radiante de alegria*).—¡Tu hijo, Juan Gabriel! ¿Es él á quien se lleva?

Borkman.—Sí: él ayudará á la señora Wilton á educar á tu hija.

Foldal.—Gracias á Dios, la chica está en buenas manos. ¿Pero estás bien seguro que ya han marchado?

Borkman.—Iban en el coche que te ha tirado por tierra.

Foldal (*juntando las manos*).—¡Cuando pienso que mi hija va en aquel coche tan bonito!

Borkman (*bajando la cabeza*).—Sí, sí, Guillermo... La llevan lejos, tu hija... Y el joven Borkman tambien... Escucha: ¿has oido los cascabeles de plata?

Foldal.—¿Cómo? ¿Cascabeles de plata, dices? ¿Eran cascabeles de plata? ¿De plata buena?

Borkman.—¡Es claro! Todo es de primera calidad, lo mismo fuera que dentro del trineo.

Foldal (*con dulce emoción*).—¡Qué cosa más extraña es la felicidad! ¡Nunca se sabe de dónde nos viene! Es mi talento, mi poco talento poético, que en mi hija se ha transformado en música. Para algo habrá servido que yo haya sido poeta. Gracias á esto, ella conocerá ese gran mundo que yo he visto tan solo en mis sueños encantados. ¡Mi hija yendo en un trineo cerrado al son de cascabeles de plata!

Borkman.—.....y pasando por encima del cuerpo de su padre...

Foldal (*con alegria*).—¡Ah! ¡Bah! Qué me importa lo que pueda sucederme, mientras mi hija... Ya que he llegado tarde, no puedo hacer sino volverme á casa y consolar á su madre, que está llorando cerca de la estufa.

Borkman.—¡Ah! ¿Llora?

Foldal (*sonriendo*).—¡Figúrate! La he dejado que lloraba como una magdalena.

Borkman.—¿Y tu ries, Guillermo?

Foldal.—Sí, yo rio. Como que ella, pobre mujer, no ve más allá de sus narices... ¡Vaya, adiós! Es una suerte que el tranvia pase por delante de casa. Adiós Juan Gabriel. ¡Adiós! Páselo usted bien, señorita. (*Saluda y se vá cojeando*).

Borkman (*quedando un momento inmóvil mirando hácia enfrente*).—Adiós, Guillermo. ¡No es la primera vez que pasan por encima de tu cuerpo, mi pobre amigo!

Ella (*mirándolo y disimulando su angustia*).—Estás muy pálido, Juan; muy pálido!

Borkman.—Es el aire de cárcel que hay allí arriba.

Ella.—Nunca te había visto así.

Borkman.—¿No? Como que nunca debes haber visto á ningún presidario en libertad...

Ella.—¡Oh! Si tu quisieses entrar dentro conmigo, Juan!

Borkman.—Cesa en tu canto de sirena. Ya te he dicho que...

Ella.—¡Te lo suplico! ¡Es por tu bien! (*Malena aparece en el umbral de la puerta*).

Malena.—Dispense. La señora me ha dicho que cierre la puerta de entrada.

Borkman (*en voz baja á Ella*).—Ya lo ves: quieren encerrarme.

Ella (*á Malena*).—El señor no se encuentra muy bien y quiere respirar un poco de aire.

Malena.—Sí; pero la señora me ha dicho...

Ella.—Ya cerraré la puerta yo misma. Deje la llave en la cerradura.

Malena.—Muy bien, señorita. Como usted quiera. (*Váse*).

Borkman (*un instante inmóvil, en actitud de escuchar, y bajando precipitadamente la escalera*).—¡Ya estoy en libertad, Ella! ¡Ya no me cogerán nunca más!

Ella (*alcanzándolo*).—Eres completamente libre en tu casa, Juan. Vas y vienes cuando quieres.

Borkman (*en voz baja, como si tuviera miedo*).—¡Nunca más volveré á entrar en mi casa! Si volviese á subir á la sala, el techo se bajaría y las paredes se estrecharían para ahogarme... para aplastarme como una mosca...

Ella.—Pero, á donde quieres ir?

Borkman.—Siempre recto delante de mí. Quiero ver si puedo habituarme á la libertad, á la vida, al trato de los hombres... ¿Quieres venir conmigo, Ella?

Ella.—¿Yo? ¿En este momento?

Borkman.—Sí, sí... en este momento.

Ella.—Pero, hasta dónde iremos?

Borkman.—Tan lejos como podamos llegar.

Ella.—¿Ya lo has pensado bien? Es de noche, estamos en el invierno, hace frio y hay nieve.

Borkman (*con voz ronca y ahogada*).—¡Ah! ¿Qué teme por su salud la señorita? Es verdad: está un poco enferma...

Ella.—Es por tu salud por la que temo.

Borkman.—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡La salud de un muerto! ¡Me haces reir, Ella! (*Avanza algunos pasos*).

Ella (*siguiéndolo y poniéndosele al lado*).—¿Qué dices?

Borkman.—Decía «la salud de un muerto». Te acuerdas de las palabras de Gunilda: «Quédate donde estás».

Ella (*en tono resuelto, envolviéndose en el abrigo*).—Iré contigo, Juan.

Borkman.—Si, si, Ella. Nosotros dos estamos hechos el uno para el otro. (*Andando*) ¡Ven!

(*Han llegado hasta las plantaciones de la izquierda, por entre las cuales desaparecen poco á poco. Se pierden de vista el patio y la casa. El paisaje cambia lentamente, haciéndose accidentado, montañoso, cada vez más agreste*).

La voz de Ella (*á la derecha, en el bosque*).—¿Hacia donde vamos Juan? No sé donde estoy.

La voz de Borkman (*desde un punto más elevado*).—Sigue avanzando siempre, guiándote por mis huellas.

La voz de Ella.—¿Que tenemos necesidad de subir tan arriba?

La voz de Borkman (*acercándose*).—Hemos de seguir el camino tortuoso.

Ella (*que aún no se vé*).—¡Oh! Ya no puedo más!

Borkman (*á la derecha, en un rincón del bosque*).—¡Ven! ¡Ven! ¡Ya estamos en la cima! Antes había un banco.

Ella (*apareciendo entre los árboles*).—¿Te acuerdas de aquel banco?

Borkman.—Podrás descansar en él.

(*Han llegado á una pequeña meseta descubierta, trás la cual se eleva una pendiente rápida. A la izquierda, hacia el fondo de la montaña, una vasta perspectiva sobre el fiord y sobre los picos que se ven á lo lejos. La pequeña meseta está cubierta de una espesa capa de*

nieve. A la izquierda un árbol muerto; al pié del árbol un banco con respaldo. Borkman, y detrás de él Ella Rentheim, avanzan penosamente sobre la nieve).

Borkman (*deteniéndose al pié de la bajada de la izquierda*).—Mira, Ella.

Ella (*alcanzándolo*).—¿Qué, Juan?

Borkman (*indicando con la mano*).—Toda esa llanura que se extiende ante nosotros... á lo lejos... á lo lejos...

Ella.—Este es el banco donde veniamos á sentarnos antes. Nuestras miradas se iban todavía más allá.

Borkman.—Nuestras miradas se iban al pais de los ensueños.

Ella (*bajando tristemente la cabeza*).—Al país de la vida soñada. Ahora este país está cubierto de nieve... y el árbol viejo está muerto.

Borkman (*sin escucharla*).—¿Ves allá abajo en el fiord, la humareda de los grandes bajeles?

Ella.—No.

Borkman.—Pues, yo los veo... Surcan las aguas; hacen circular la vida de un extremo al otro de la tierra; llevan el calor y la luz á millones de almas humanas. Este es el mundo que yo quería crear, el mundo de mis sueños.

Ella (*en voz baja*).—De tus sueños irrealizados...

Borkman.—De mis sueños irrealizados... (*Escuchando*). ¿Oyes el rumor que sube del rio, allá abajo? Las fábricas trabajan, mis fábricas, todas las que yo quería crear. Escucha: es el trabajo de noche y dia. ¡Escucha! ¡Escucha! Las ruedas giran y los cilindros ruedan... por todas partes... por todas partes... ¿Oyes, Ella?

Ella.—No.

Borkman.—Pues, yo sí.

Ella (*inquieta*).—Me parece que te engañas, Juan.

Borkman (*entusiasmándose cada vez más*).—¡Oh! Ves? todo eso no son más que las maravillas sembradas al comienzo del reino.

Ella.—¿Del reino? ¿A qué reino te refieres?

Borkman.—De mi reino. Del reino de que me iba á apoderar... en el momento en que morí.

Ella (*en voz baja, extremeciéndose*).—¡Juan! ¡Oh! ¡Juan!

Borkman.—Aquí lo tienes sin defensa y sin amo... á la disposición de los bandidos, del pillaje. ¿Ves, Ella, esta cadena de montañas que se extiende á lo lejos? Las unas montan sobre las otras. ¡Todo esto es mi reino, grande, profundo, inagotable!

Ella.—¡Oh! ¡Pero, qué helado soplo nos viene de ese reino!

Borkman,—Para mí es un soplo de vida. Los espíritus tributarios nos saludan. Allí están los millones cautivos; yo los siento. Los filones sinuosos se encorvan, se bifurcan y vienen hacia mí como si fueran brazos suplicantes. Yo los veía á mi alrededor y se me arrollaban como fantasmas vivientes la noche en que, con la linterna en la mano, bajé á los subterráneos de la casa de banca. ¡Ah! Implorábais vuestra liberación, y yo la he intentado! No tuve bastante fuerza para levantar el tesoro, y volvió á caer al abismo. (*Abriendo los brazos*). Pero, os lo digo muy bajo, en el silencio de la noche: ¡Os amo á los que estais confundidos en el abismo, en las tinieblas, en la muerte aparente! Yo os amo, riquezas que pedís la vida, y amo vuestra sed de poder y de honores. ¡Os amo, os amo!

Ella (*con indignación que cada vez puede contener menos*).—¡Sí! ¡Allí es donde desciende tu amor, Juan! ¡Allí es donde lo has ocultado! Entre tanto, cerca de tí, á la luz del día, latía un corazón humano ardiente y lleno de vida. Este corazón tú lo has matado. Has hecho peor que esto. ¡Ah! mil veces peor: lo has vendido por... por...

Borkman (*como acometido por un extremecimiento mortal*).—..... por un reino, verdad?... por el poder... por los honores...

Ella.—Sí: Ya te lo he dicho no hace mucho. Tu has matado la vida de amor en la mujer que te amaba... y que tú tambien amabas tanto como te era posible. (*Levantando un brazo*) Y por esto es por lo que te lo auguro, Juan Gabriel Borkman: ¡no cobrarás nunca el premio del matador. No entrarás nunca triunfalmente en tu reino de hielo y de tinieblas!

Borkman (acercándose al banco con pasos vacilantes y dejándose caer pesadamente).—Mucho temo que se cumpla tu vaticinio, Ella.

Ella (junto á él).—No te asustes por eso, Juan: no podría sucederte nada mejor.

Borkman (*gritando, y poniéndose la mano crispada sobre el pecho*).—¡Ah! (*Con voz débil*) ¡Ella me ha dejado!

Ella (*sacudiéndole el brazo*).—¿Qué tienes Juan?

Borkman (*abandonándose contra el espaldar del banco*).—He sentido una mano helada que me oprimía el corazón.

Ella.—Una mano helada, dices? ¡Juan!

Borkman (*entre dientes*).—No... no helada... una mano de hierro. (*Cae sobre el banco*).

Ella (*quitándose vivamente el abrigo y cubriendo con él á Borkman*). —¡No temas! Voy á pedir auxilio. (*Anda algunos pasos hacia la derecha, se detiene, vuelve, toma el pulso gran rato á Borkman y le pone la mano en la cara. Con voz dulce y segura*). No... Vale más que sea así. Esto vale más para tí, Juan Gabriel. (*Extiende bien su abrigo sobre él y se sienta junto al banco, sobre la nieve*).

(*Corto silencio. La señora Borkman, con abrigo, avanza por el bosque, á la derecha, precedida por Malena que lleva un farol encendido*).

Malena (*bajando el farol*).—Sí, sí, señora. Veo sus pasos marcados en la nieve.

Señora de Borkman (*escrutando con la mirada*).—Sí, aquí están. Están sentados en el banco. (*Elevando la voz*). ¡Ella!

Ella (*levantándose de un salto*).—¿Nos buscas?

Señora de Borkman (*duramente*).—¡Claro que sí!

Ella (*indicando con la mano*).—Mira, Gunilda: está aquí.

Señora de Borkman.—¡Dormido!

Ella (*signando que sí*).—Profundamente y por mucho tiempo, me parece.

Señora de Borkman (*exhalando un grito*).—¡Ella! (*Dominándose y bajando la voz*). Esto ha sucedido... voluntariamente?

Ella.—No.

Señora de Borkman (*como quitándosele un peso de encima*).—Así pues... no ha sido por su propia mano?

Ella.—No. Otra mano, una mano de hierro y de hielo le ha arrancado el corazón.

Señora de Borkman (*á Malena*).—Vaya á pedir auxilio. Llame á alguno de la casa.

Malena.—Sí señora. (*En voz baja*) ¡Virgen Santísima! (*Vase por el bosque, hacia la derecha*).

Señora de Borkman (*derecha, detrás del banco*).—El aire de la noche es lo que le ha matado...

Ella.—De seguro.

Señora de Borkman.—... á él, el hombre fuerte.

Ella (*delante del banco*).—¿Lo quieres ver, Gunilda?

Señora de Borkman (*con un gesto, rehusando*).—No, no... (*Bajando la voz*). Era débil como una criatura: no ha podido soportar el aire libre.

Ella.—Más bien ha muerto de frío...

Señora de Borkman (*moviendo la cabeza*).—¿De frío, dices?... Hace mucho tiempo que el frío le mató...

Ella (*mirándola y bajando la cabeza*).—Y que ha hecho de nosotras dos sombras.

Señora de Borkman.—Tienes razón.

Ella (*con sonrisa dolorida*).—Un cadáver y dos sombras: hé aquí lo que ha hecho el frío.

Señora de Borkman.—Sí: el frío del corazón... Ahora podemos darnos las manos, Ella.

Ella.—Me parece que sí.

Señora de Borkman.—Que las dos gemelas unan sus manos por encima del que han amado tanto.

Ella.—Y las dos sombras por encima del muerto.

(*La Señora de Borkman y Ella Rentheim unen sus manos por encima del banco*).

TELON